

DANIEL AZPIAZU / MARTÍN SCHORR

PERONISMO Y DICTADURA

TEXTOS INÉDITOS DE OSCAR BRAUN

6445617
FLACSO ARGENTINA
BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES

CLAVES PARA TODOS
COLECCIÓN DIRIGIDA POR JOSÉ NUN

ci CAPITAL INTELECTUAL

| | |
|---------------------|-------------------|
| Director | José Nun |
| Edición | Luis Gruss |
| Coordinación | Cecilia Rodriguez |
| Corrección | Mariana Fernández |
| Diagramación | Verónica Feinmann |
| Ilustración | Miguel Rep |
| Producción | Néstor Mazzei |

Derechos exclusivos de la edición en castellano reservados para todo el mundo:
 © 2009, Daniel Azpiazu y Martín Schorr
 © 2009, Capital Intelectual

Francisco Acuña de Figueroa 459 (1180) Buenos Aires, Argentina
 Teléfono: (+54 11) 4866-1881
 1ª edición: 3.500 ejemplares

Impreso en Talleres Gráficos Nuevo Offset, Viel 1444, Cap. Fed., en febrero de 2009. Distribuye en Cap. Fed. y GBA: Vaccaro, Sánchez y Cía. S.A.
 Distribuye en interior: D.I.S.A. Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723.
 Impreso en Argentina. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin permiso escrito del editor.

Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar
 Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

ci CAPITAL INTELECTUAL

TAMBIÉN PRODUCE:

Le Monde diplomatique, edición Cono Sur • Pasión Celeste y Blanca • Estación Ciencia • Fundadores de la Izquierda Latinoamericana • Pasado en limpio • Fem, femenina y singular

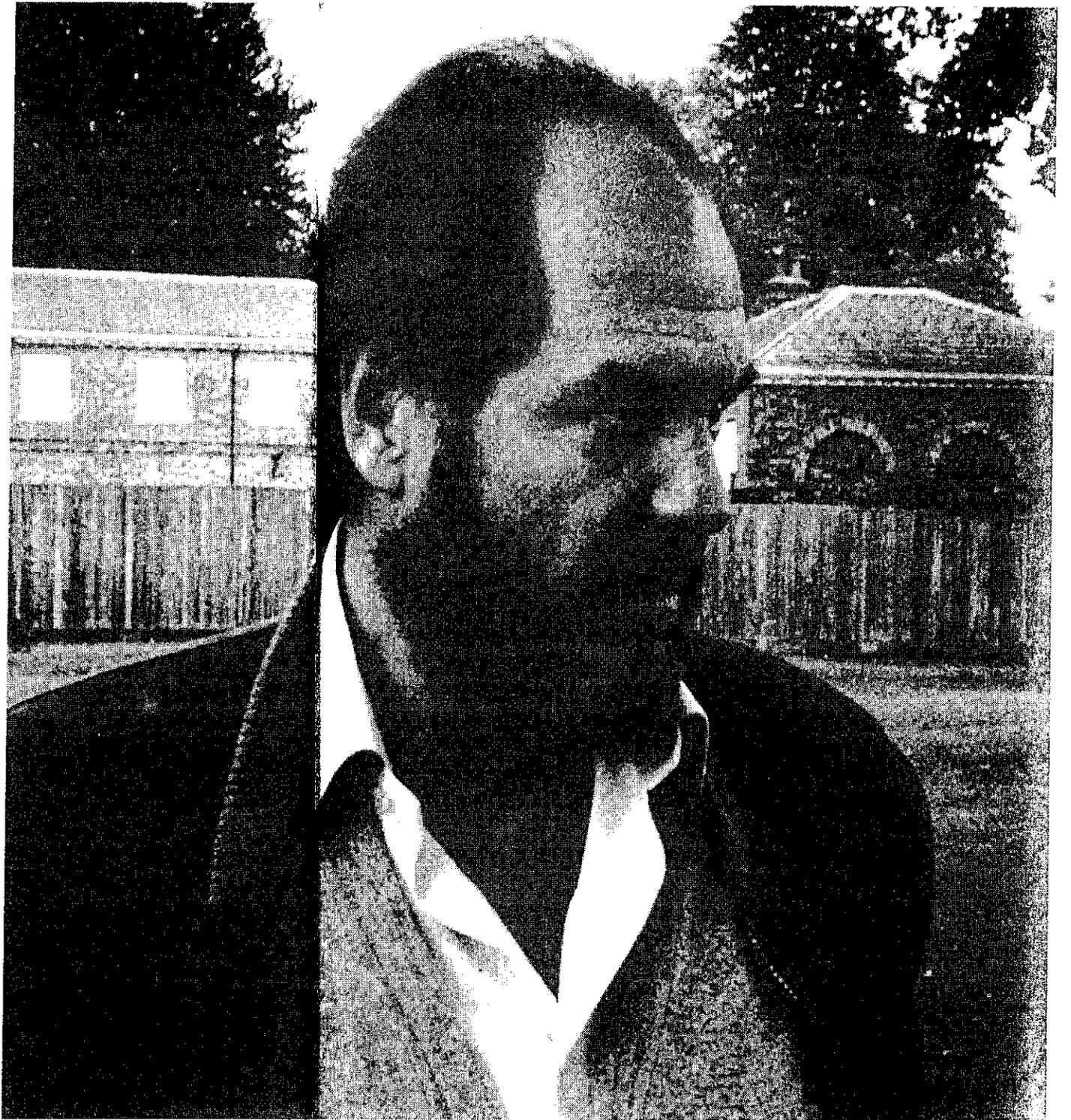
320.82 Azpiazu, Daniel / Schorr, Martín
 CDD Peronismo y dictadura: textos inéditos de Oscar Braun
 1a ed., Buenos Aires, Capital Intelectual, 2009
 104 p., 20x14 cm. (Claves para todos, dirigida por José Nun, Nº 98)
 ISBN 978-987-614-158-1
 1. Política Argentina. I. Título

Escribanos a info@capin.com.ar

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Oscar Braun | |
| Un referente necesario para interpretar la economía argentina | 11 |
| <hr/> | |
| Primera parte | |
| El plan económico del tercer peronismo: límites estructurales y políticos | 15 |
| <hr/> | |
| Segunda parte | |
| La dictadura militar: cambio estructural y la necesidad de un proyecto alternativo | 47 |
| <hr/> | |
| Los autores | 103 |

FLACSO ARGENTINA
 BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES



OSCAR BRAUN UN REFERENTE NECESARIO PARA INTERPRETAR LA ECONOMÍA ARGENTINA

Daniel Azpiazu y Martín Schorr

Oscar Braun nació en la ciudad de Buenos Aires en el año 1939. Se recibió de economista en la Universidad Nacional de Bahía Blanca y posteriormente completó su formación de posgrado en Oxford (Inglaterra). En nuestro país fue docente en las Universidades de Buenos Aires, Bahía Blanca y La Plata (además de dictar numerosas charlas y conferencias en muy diversos ámbitos); también se desempeñó como investigador y colaborador en varios centros académicos, entre los que sobresalen el Instituto de Investigaciones Económicas de la Facultad Metropolitana, el Instituto Torcuato Di Tella y el Instituto de Desarrollo Económico y Social. En el extranjero, ya en tiempos del exilio al que lo llevó la feroz represión de la última dictadura militar, Braun participó como docente e investigador en el *African Institut for Economic Development and Planning* y el *Institute of Social Studies* de La Haya (Holanda), en el que fue designado decano a fines de 1980, poco antes de fallecer en enero de 1981 en un trágico accidente automovilístico.

El marco teórico de sus investigaciones fue particularmente heterodoxo, en tanto se nutrió de variadas herramientas de la tradición marxista y de otras provenientes de la por entonces muy difundida escuela crítica poskeynesiana con epicentro en la Universidad de Cambridge (Inglaterra). Sobre esa base, en su corta pero sumamente prolífica carrera académica, que combinó con un claro compromiso militante (tuvo una activa participación en la izquierda peronista, como militante y referente intelectual), Braun realizó numerosas contribuciones en materia teórico-conceptual. La mayoría de las mismas suscitaron interesantes y acaloradas polémicas tanto con autores ortodoxos como heterodoxos.

Entre sus principales contribuciones teóricas (muchas de las cuales aportan interesantes claves para interpretar procesos actuales) se destacan: sus reflexiones sobre la compleja cuestión del intercambio desigual entre las naciones imperialistas y las dependientes; su participación en los debates en torno a la problemática de la renta de la tierra en países como la Argentina; sus aportes en el campo de la teoría del valor; y su decisiva modelización, junto con Leonard Joy, de los rasgos distintivos del funcionamiento estructural de la economía de nuestro país durante la fase sustitutiva de importaciones (sus análisis de la lógica de tipo "stop and go" característica de esos años ha constituido una referencia ineludible para las investigaciones realizadas con posterioridad por importantes científicos sociales).¹

1. Las investigaciones que realizó Braun (solo o en colaboración) fueron publicadas en diversos ámbitos. A modo de ejemplo, consúltese: "Un modelo de estancamiento económico. Estudio de caso sobre la economía argentina", en *Desarrollo Económico*, Vol. 20, Nº 80, 1981; "Materias primas: ¿Los pobres de hoy serán los ricos de mañana?", en *Desarrollo Económico*, Vol. 14, Nº 56, 1975; "La renta absoluta y el uso ineficiente de la tierra en la Argentina", en *Desarrollo Económico*, Vol. 14, Nº 54, 1974; *El capitalismo argentino en crisis*, Siglo XXI, 1973; *Comercio internacional e imperialismo*, Siglo XXI, 1973; *Teoría del capital y la distribución*, Tiempo Contemporáneo, 1973; "Sobre el problema del valor y de los precios", en *Económica*, Nº 3, 1973; y *Desarrollo del capital monopolista en Argentina*, Tiempo Contemporáneo, 1970.

Tales aportes constituyeron, a su vez, el necesario anclaje analítico de sus estudios sobre coyunturas históricas particulares de Argentina. Es precisamente en este último eje que se inscribe el presente libro, que recupera cuatro importantes reflexiones de Oscar Braun.

En el primero de estos documentos, publicado en 1974 por la editorial El Coloquio, se realiza un análisis pormenorizado de las características sobresalientes del programa económico del último gobierno del general Perón, el esquema de alianzas de clase subyacente y sus principales limitaciones estructurales y políticas. La visión de Braun resulta excepcionalmente lúcida, en un escenario (noviembre de 1973) en el que la euforia, el triunfalismo y el existismo enmarcaban el accionar político de la casi totalidad del peronismo de izquierda y de buena parte de los sectores populares.

En los restantes tres escritos, Braun se adentra en el estudio del plan económico de Martínez de Hoz e identifica con notable precisión y agudeza los profundos cambios estructurales que estaba introduciendo la dictadura militar sobre la economía y la sociedad argentinas (los tres análisis datan de 1980, y fueron realizados desde el exilio y con los ostensibles problemas por entonces existentes para acceder a información confiable).² Allí se destacan, entre otras cuestiones relevantes: el contenido eminentemente político de la deletérea reestructuración socio-económica en marcha, en el marco de un "programa que pretende desbloquear los frenos a la acumulación de capital en Argentina principalmente mediante la reducción del salario real"; el carácter a la vez regresivo y heterogéneo de la misma (dado su saldo de ganadores y perdedores en términos de clases y fracciones de clase); y la impe-

2. Se trata de tres textos inéditos que integraban el archivo personal de Braun. Agradecemos a Rosalía Cortés y Miguel Braun el habernos facilitado los trabajos, así como su generosa y desinteresada colaboración para que este libro pudiera salir a la luz.

riosa necesidad de avanzar en la concreción de un plan alternativo "de verdadera salvación nacional frente a la catástrofe a la que nos arrastra una minoría egoísta y estúpida".³

Además del evidente interés histórico y conceptual de estos cuatro análisis, consideramos que los mismos aportan numerosos e importantes elementos de juicio para interpretar muchos de los procesos económicos, sociales y políticos que ha venido transitando nuestro país en los años recientes.

A su vez, y fundamentalmente, se trata de un pequeño y modesto homenaje a quien fuera uno de los pensadores más agudos y comprometidos con los sectores populares de nuestro país, para quien la economía debía necesariamente ser encarada como *economía política*, es decir, como una disciplina científica donde el poder y su desigual distribución entre diferentes grupos sociales debía constituir uno de los ejes centrales del análisis. Seguramente es por ello que, en el marco del nefasto predominio del pensamiento neoclásico, un autor como Oscar Braun ha estado tan poco presente en un ámbito como el de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, cuando a todas luces fue un verdadero precursor del pensamiento crítico al que habría que leer y releer en forma periódica para comprender el complejo y dinámico presente que nos toca vivir.

3. El libro se ha dividido en dos partes: la primera contiene el análisis del plan económico del último gobierno peronista, mientras que la segunda está integrada por tres reflexiones sobre los principales resultados del programa económico de la dictadura militar y las características que, ante los cambios estructurales derivados del mismo, debería asumir un plan alternativo donde se priorizaran los intereses populares. Para facilitar la lectura, cada una de estas partes es precedida por un breve texto introductorio.

EL PLAN ECONÓMICO DEL TERCER PERONISMO LÍMITES ESTRUCTURALES Y POLÍTICOS

OSCAR BRAUN Y EL TERCER GOBIERNO PERONISTA

Daniel Azpiazu y Martín Schorr

En las páginas que siguen el lector encontrará el extracto de una conferencia que Braun dictó en noviembre de 1973 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El texto completo fue publicado en 1974 por la editorial El Coloquio bajo el título *El plan económico del gobierno popular*. Se trata de una serie de reflexiones que a pesar de haber sido presentadas en otro momento histórico, arrojan numerosas claves interpretativas de la particular coyuntura económica y socio-política de la época, así como de los conflictivos escenarios que ha venido transitando nuestro país en los años recientes.

Con la agudeza y la precisión que siempre lo caracterizaron, en esta conferencia Braun repasa, desde una perspectiva estructural, las características económicas más salientes de los primeros meses del tercer y último gobierno de Juan Domingo Perón y, en ese marco, desmenuza las posibilidades, las limitaciones y las contradicciones, tanto estructurales como en el plano de las alianzas

de clase, del "Pacto Social" promovido por el propio presidente y su ministro de Economía, José B. Gelbard, con el consentimiento y la complacencia de la dirigencia sindical.

Braun parte del planteo de la situación de dependencia del capitalismo argentino, para lo cual utiliza el concepto de *capitalismo monopolista dependiente*. Como destaca en una nota introductoria: "la caracterización de dependiente no hace solamente a la propiedad legal de los medios de producción (muchos de los cuales de todas maneras están en manos de titulares extranjeros) sino también y especialmente a la imposibilidad de reproducir y ampliar esos medios de producción. En efecto, la tecnología para fabricar y operar esos medios de producción, la producción de bienes de capital y de insumos esenciales, la capacidad financiera, comercial y administrativa para operar las modernas empresas gigantes, están monopolizadas por el capital extranjero".

Estas características de la dependencia argentina señalan, a su vez, las restricciones a cualquier proyecto reformista. Éstas vienen dadas por la centralidad estructural y el enorme y decisivo poder de veto que, dado el carácter *trunco* del proceso de industrialización argentino (asociado a la existencia de numerosos "casilleros vacíos" en la matriz de producción), poseen el capital extranjero y la oligarquía terrateniente. En el primer caso, a favor del control oligopólico que ejerce sobre núcleos estratégicos de la estructura industrial y la dependencia tecnológica de nuestro país; en el segundo, por su rol decisivo como proveedora preponderante de divisas para "pagar" las importaciones requeridas por la propia dinámica económica, particularmente la del sector manufacturero, y su gravitación en la elaboración de bienes-salario.

Esta situación marca un límite estructural a la concreción de cualquier proyecto redistribucionista. Más aun si, como analiza Braun, los abanderados del "proyecto nacional" son fracciones del capital absolutamente subordinadas ante los men-

cionados sectores predominantes. En sus palabras: "En este gobierno popular la conducción económica pasa a manos de un grupo que representa los intereses de la pseudo burguesía nacional; nacional, porque en cierta medida sus intereses son contradictorios con los del capital extranjero y del local aliado al extranjero, y con los de la oligarquía terrateniente; pseudo burguesía, porque carece realmente de un proyecto que le permita constituirse como tal en su plenitud y adquirir los medios de efectuar autónomamente la reproducción del capital y su ampliación; es decir de un auténtico proyecto de liberación nacional (...), la pseudo burguesía nacional carece de un verdadero proyecto de liberación; como consecuencia de esto es incapaz de movilizar a la clase trabajadora para dominar y expropiar de ser necesario a la oligarquía y al capital extranjero".

Pero también, afirma Braun, en esa peculiar coyuntura de inicios de los años setenta, cuando dentro del *movimiento* existen fracciones en el campo político y sindical que en alianza con esa pseudo burguesía nacional promueven la "depuración" de aquellos que representan en forma genuina "los intereses y las aspiraciones de la clase trabajadora".

Casi preanunciando lo que sucedería poco tiempo después, y tomando como referencia esa proclamada "depuración" en la que se alineaba buena parte de los sectores dominantes, Braun señala: "desde el punto de vista del corto plazo favorece el proyecto de la burguesía nacional, pero a largo plazo induce una contradicción muy grande, porque una vez que se termine con la depuración, si es que pueden terminar, entonces se acabó, no hay ningún motivo para seguir haciendo buena letra y facilitar la gestión del plan de la gran burguesía nacional y se puede empezar a sabotear o intentar derrocar al gobierno popular".

En suma, a pesar de ser un texto próximo a cumplir 35 años, no deja de tener una notable actualidad a la hora de pensar la con-

formación de las fracciones dominantes del capital, los alineamientos y los enfrentamientos entre clases y fracciones de clase, así como las características y las limitaciones del proyecto de reconstrucción de un "capitalismo nacional" en la Argentina de nuestros días. Y de interpretar la *naturaleza* y las apuestas estratégicas *reales* de los factores económicos y políticos que lo impulsan, máxime cuando muchos de los "ganadores" y algunos pocos "perdedores" de la década de 1990 (con sus antecedentes desde 1976) se han ido reposicionando en los últimos años y, en muchos casos, transmutando en lo ideológico, pero sin perder –e incluso potenciando– sus respectivas condiciones estructurales y su decisiva capacidad de coacción.

En ese sentido, las reflexiones de Oscar Braun invitan sobradamente a recrearlas virtuosa y rigurosamente en los nuevos escenarios de nuestro país donde se conjugan, entre otros elementos distintivos:

- la ahora autoproclamada "burguesía nacional", prebendaria de escenarios privilegiados por las políticas públicas y carente en absoluto de un proyecto autónomo del capital extranjero;
- la oligarquía terrateniente, con nuevos e insospechados aliados tácticos pero con una inserción estructural en la economía nacional y definiciones estratégicas similares a las de comienzo de los setenta;
- una creciente presencia transnacional en la que coexisten posicionamientos oligopólicos decisivos en el desempeño de la economía doméstica con la explotación indiscriminada de recursos naturales para la exportación (al estilo del "viejo" imperialismo de principios del siglo pasado);
- una clase trabajadora fuertemente fragmentada y desmovilizada donde, a diferencia de los años setenta, la burocracia sindical y

sus pujas intestinas acentúan tal desmovilización y el desplazamiento de los sectores más combativos o contestatarios (situación alentada por las acciones y las omisiones estatales en diversos campos), al tiempo que lejos está de la participación en el ingreso que detentaba en aquellos años; y

- un gobierno que no ha logrado dismantelar, hasta el momento, las bases sustantivas del modelo dependiente, concentrador y excluyente de los noventa, ni varios de los legados críticos del neoliberalismo en lo normativo y lo institucional.

UNA CHARLA SOBRE LA ACTUAL COYUNTURA ECONÓMICA

Oscar Braun*

En realidad no tenemos mucho tiempo, yo me había propuesto combinar dos cosas: por un lado, hacer una especie de rápido panorama de los últimos diez a veinte años de historia económica argentina, mejor decir de algunas líneas determinantes más importantes, de las líneas más fundamentales, y por otro lado, un análisis relativamente pormenorizado de la presente coyuntura económica, que más allá del puro interés económico, académico, tiene un interés político bastante trascendental. Creo que se ha discutido poco sobre esto, y sobre lo poco que se ha discutido hay una serie de concepciones confusas respecto de lo que representa el actual plan económico, en términos de alianza de clases, proyectos, qué perspectivas tiene, etc.

* Originalmente publicado en Braun, Oscar: *El plan económico del gobierno popular*, El Coloquio, Buenos Aires, 1974. Véase también: Azpiazu, Daniel y Schorr, Martín: "Oscar Braun: un referente ineludible para interpretar el presente nacional", en *H-industri@ Revista de historia de la industria argentina y latinoamericana*, Año 2, Nº 1, primer semestre de 2008.

EL PANORAMA ECONÓMICO ARGENTINO DURANTE LOS ÚLTIMOS 15 A 20 AÑOS

Uno de los principales determinantes de la evolución económica argentina ha sido su dependencia con respecto a las potencias imperialistas; la "famosa" dependencia económica. ¿Cómo podemos definir exactamente lo que es esa dependencia económica? Discutir esto con cierto detalle nos llevaría mucho tiempo; a los efectos que a mí me interesan, quiero dar una especie de definición provisoria, o lo que pienso que es el elemento más importante de todas las variables que estructuran una situación de dependencia. Y hablando de nuestro país especialmente, creo, repito, que la variable más importante es la imposibilidad que tiene la burguesía nacional de llevar a cabo un proceso de acumulación, de crecimiento económico, en forma autónoma; no sólo de acumulación y de crecimiento, sino incluso de mantenimiento de los niveles de producción actuales. Poniendo esto en la terminología marxista tradicional, diríamos que la burguesía nacional carece de la capacidad autónoma de realizar la reproducción ampliada del capital. Y esto porque ello requiere de una serie de cosas –insumos corrientes de la producción, bienes de capital, capacidad administrativa, conocimientos tecnológicos, capacidad financiera, etc.– de las que la burguesía nacional carece.

Esta particular forma de dependencia se remonta muy lejos, pero sin ir tan allá, tomando estos últimos años, se pueden definir, después de la Segunda Guerra Mundial, ciertas etapas en las cuales se va manifestando –por un lado manifestando y por otro afianzando– la dependencia; en un proceso dialéctico, en el cual la situación de dependencia, por así decir, se autoalimenta, se agrava permanentemente. En este sentido, esto de las etapas es un poco arbitrario, como todas las clasificaciones, pero creo que tiene su utilidad desde el punto de vista analítico.

Yo definiría una primera etapa, por ejemplo, que arrancaría desde 1952. Hasta ese año, aproximadamente, existe un gobierno popular con un proyecto de desarrollo autónomo –con un proyecto de liberación nacional, como ustedes quieran, sin entrar a discutir cómo es ese proyecto, sus posibilidades, sus contradicciones, esto no hace mayormente al caso–, pero el hecho es que a partir de 1952 ocurren dos fenómenos coincidentes bastante importantes: por un lado, la finalización de la guerra de Corea, que había producido un tremendo "boom" en la demanda, en cantidad y en precio, de toda clase de productos primarios; por otro lado, se completa en esta época la recuperación económica de los países imperialistas que habían sido más o menos devastados por la Segunda Guerra Mundial. A partir de este momento, los países imperialistas recuperan, o afianzan, su capacidad de presión sobre los países dependientes, o sea, en la medida en que deja de actuar la demanda excesiva de materias primas provocada por la guerra de Corea, que deja de actuar el problema de la reconstrucción de la guerra, los países imperialistas recuperan su capacidad de acción sobre los países dependientes. Además, en el caso argentino, esto ocurre combinado con aspectos coyunturales, peculiares, como pueden ser las malas cosechas y las sequías en el período 50-51; pero creo que estos aspectos coyunturales no son el determinante principal de lo que ocurre.

Este conjunto de presiones se manifiesta en una situación de grave crisis en la balanza de pagos, de una gran debilidad en la situación externa del país, en la imposibilidad de obtener los insumos que se compraban normalmente, de pagar las deudas que se estaban contrayendo, etc. Quiero desenfatar el problema particular de las malas cosechas que hubo en esa época, y lo quiero hacer porque lo mismo ocurre, en el mismo período, en países tan disímiles como Colombia, Brasil, India y bastantes otros; es decir, varios países que hasta esa época (1950-55) habían transitado

un camino intenso de desarrollo de un capitalismo nacional, con una cómoda situación en lo externo y por lo tanto con una capacidad negociadora respecto de las potencias imperialistas relativamente alta, relativamente fuerte. En esta etapa, esa situación se ve revertida, como señalé, en Colombia, Brasil, India y Argentina, cuatro ejemplos que conozco con cierto detalle, pero a simple vista me da la impresión de que esto mismo pasó en una cantidad de países del "tercer mundo".

Entonces, cuando ocurre esto –cuando ocurre un fenómeno de presión imperialista, que se manifiesta en distintas formas y a través de distintos mecanismos, y en lo inmediato en una situación de crisis de la balanza de pagos, en una situación de deterioro de los términos de intercambio–, a la burguesía nacional que conducía en ese momento el proceso económico se le plantea una situación de opción, una crisis, digamos, relativamente dramática, es decir: puede tratar de continuar un proceso de crecimiento económico utilizando para ello solamente los recursos internos, e incluso comprando en las mejores condiciones posibles la tecnología externa, pero sin acudir a capitales externos y a la inversión directa extranjera; o puede renunciar a continuar un proceso de desarrollo autónomo.

Sin embargo, la posibilidad de llevar a cabo el proceso de liberación se ve relativamente limitada por una serie de razones, pero en particular porque el cambio técnico o la introducción de un cambio tecnológico que preserve la tasa de ganancia de los capitalistas (es decir, que aumente la productividad del trabajo, que permita que la economía crezca y también el salario real sin deteriorar la tasa de ganancia) resulta extremadamente complicado. En particular, porque siendo los bienes-salario que consumen los asalariados argentinos bastante distintos del tipo de bienes-salario que se consumen en el resto de los países más avanzados (EUA, etc.), el cambio tecnológico se produce en la producción de este tipo de

mercancías, en las que son bienes-salario de los asalariados, del proletariado de los países capitalistas avanzados, que no son los bienes-salario de los obreros, del proletariado argentino. Para ponerlo en términos gruesos digamos que hay un cambio tecnológico tremendo en la producción de automotores –por ejemplo, en Estados Unidos el automotor es un bien-salario, es un bien consumido por la clase obrera americana–, en cambio no hay un cambio tecnológico sustancial en textiles, por ejemplo, que sería el bien-salario típico del asalariado argentino.

La otra alternativa que se les presenta, si son incapaces de aumentar la productividad en la producción de bienes-salario y por lo tanto aumentar el salario real manteniendo constante la tasa de ganancia, es mantener constante el salario real y producir totalmente los bienes de lujo, o sea, los bienes que consumen los capitalistas, con tecnología desarrollada localmente. Pero nuevamente se presenta una situación bastante parecida a la que acabamos de describir: las pautas de consumo de la burguesía local están totalmente copiadas de las de la burguesía extranjera, y por lo tanto la forma de aumentar esos bienes es acudir a esa tecnología extranjera; y frente a esta situación, la burguesía –frente a la posibilidad de o bien reducir sustancialmente la tasa de crecimiento económico, o bien reducir sustancialmente la tasa de ganancia– prefiere acudir al expediente de abrir la economía a la influencia extranjera, al capital extranjero, a la tecnología extranjera.

Y esto con un doble propósito: el de reducir o de paliar el déficit de balanza de pagos, y el de introducir los cambios tecnológicos generados en el extranjero que permiten un aumento en la productividad lo suficientemente rápido como para que pueda crecer la producción global sin caer la tasa de ganancia. Esta situación se presenta, como dije, en varios países, y la situación que eligen las distintas burguesías es siempre la misma. O sea que en estos casos –Brasil, Argentina, Colombia e India– se produce un

giro de 180 grados de las burguesías en el plazo de muy pocos años; de una actitud fuertemente nacionalista se pasa a una actitud fuertemente extranjerizante, favorable al capital extranjero, y a un intento de forzar a sus respectivos gobiernos a facilitar de todas las formas posibles el ingreso de capital foráneo.

En efecto, esto comienza a desarrollarse en la segunda etapa, que va de 1952 a 1958, en la cual comienzan a generarse los intentos de penetración de capital extranjero, algunos ya durante la época del gobierno de Perón, y otros inmediatamente luego de su caída. Pero lo importante es que podríamos decir que es en todo este período, del 52 al 58, que se van creando los requisitos políticos para permitir el ingreso del capital extranjero, para permitir el establecimiento de algún tipo de sistema político, de estructura política, que posibilite el ingreso importante, sustancial, de ese capital.

Esto se plasma al comienzo de la tercera etapa, en el período que va de 1958 a 1961, es decir, el gobierno de Frondizi, donde se crea una estructura política, por así decir, que permite, que provoca en realidad, el ingreso masivo del capital extranjero, cosa que se realiza en cantidades realmente espectaculares (en relación con lo que entró antes y lo que entraría después). Este ingreso de capitales extranjeros aliado al capital monopolista local mediante toda clase de sistemas posibles, es decir, patentes, empresas comunes, sistemas de licencias, etc., y de toda forma de vinculación de empresas extranjeras con empresas locales, podemos decir que se consolida para fines del 61.

De manera que, hacia inicios de la década del 60, el capital monopolista dependiente está establecido y consolidado a nivel de la estructura económica, o sea que los sectores más importantes de la estructura productiva económica están directa o indirectamente relacionados con: sea capital extranjero, sea la titularidad legal de los capitalistas extranjeros; sea con tecnología o administración extranjera, sea que la titularidad del capital es local

pero la patente y demás son extranjeras; sea con la compra de insumos o de maquinaria extranjera. Esto significa que el total de la industria, o por lo menos la industria más importante, está completamente ligada a las técnicas, a las formas de producción de los países centrales.

De ahí en adelante, el ritmo de ingreso del capital extranjero, el ritmo de desarrollo del capital monopolista dependiente, en términos globales, depende ya del ritmo global del crecimiento de la economía más que de políticas específicas que se hagan para limitar o estimular su ingreso, como fueron las que implementó Frondizi durante su gobierno. Por eso la política relativamente nacionalista durante el gobierno de Illia, es decir, una política relativamente poco favorable al capital extranjero, tiene efectos muy limitados, por no decir casi nulos, porque ya está prácticamente consolidado, instalado, el capital extranjero, y su crecimiento depende más del crecimiento de la economía que de las normas de entrada que se establezcan para su ingreso.

Acá marcaría, en una breve pausa, la relación dialéctica que se da, tal como la definíamos hace un rato, en el fenómeno de la inversión extranjera. Decíamos que la dependencia era una relación en la cual no es posible llevar a cabo autónomamente la reproducción ampliada del capital, entonces, ¿qué es lo que ocurre? En estas circunstancias la burguesía elige incorporar capital extranjero para posibilitar la continuación del proceso de reproducción del capital, pero evidentemente esto tiene como consecuencia que la dependencia, en lo que hace a la importación de capital, de tecnología, de administración extranjera, técnicas comerciales y administrativas, incluso de titularidad legal de los capitales, se afiance. El intento de quebrar las consecuencias de la dependencia a partir de influjos de capital extranjero tiene como consecuencia el afirmar, afianzar aun más las causas profundas, las causas determinantes en última instancia de esa situación de dependencia.

A partir de 1962 se podría decir que se abre una nueva etapa, que más o menos acabamos de describir, en la que la política económica en general es poco coherente. La política del gobierno de Illia es bastante fluctuante, pero estas medidas de su gobierno no afectan, en gran parte por lo menos, la situación básica de dominio en el nivel de la estructura económica del capital monopolista dependiente.

Una nueva etapa se abre, sin embargo, a partir de 1967 con el lanzamiento del plan de Krieger Vasena durante la dictadura de Onganía. En efecto, desde que se consolida a nivel de la estructura económica el predominio del capital monopolista dependiente, en el plano de la política económica globalmente considerada se manifiesta una cierta incoherencia; por lo menos la política económica no responde totalmente a los intereses del capital monopolista dependiente. Creo que éste es el sentido profundo de la "Revolución Argentina", de la dictadura de Onganía, Levingston, Lanusse: trasladar la hegemonía económica del capital monopolista dependiente al campo de lo político, o sea, convertir, trasladar el dominio hegemónico de las clases dominantes en lo económico al plano de lo político, lo cual, como no pueden hacerlo por medios legales o semilegales, es realizado a partir del único medio disponible que es el medio totalmente ilegal, la dictadura lisa y llana.

En efecto, se inicia en 1967 un plan económico, el plan de Krieger Vasena, que es por primera vez un plan enteramente coherente, bien hecho, desde el punto de vista del capital monopolista. No quiero hacer una apología de Krieger, pero el plan está bien estructurado, está bien pensado, tiene una perspectiva de largo plazo y está coherentemente puesto al servicio de un grupo determinado, que es el grupo hegemónico en el plano de lo económico, o sea, el capital monopolista dependiente en el sector industrial, y subordina a los intereses de ese sector económico los intereses de las clases dominadas (proletariado y demás) mediante la caída del salario real. Pero también subordina a los intereses hegemó-

nicos de una de las clases dominantes los otros sectores no hegemónicos de las clases dominantes, muy particularmente la oligarquía terrateniente, que se ve fuertemente golpeada por la política de Krieger Vasena, la cual implica una transferencia masiva de ingreso –de plusvalía, si quieren– del sector terrateniente a las arcas del Estado, y que el Estado utiliza para un plan muy coherente de obras públicas, obras públicas que son requeridas para el funcionamiento eficiente del capital monopolista dependiente. Éste es un ejemplo de la política coherente de Krieger. Se podría también hablar de la política de salarios, del intento de parar la inflación, de la destrucción sistemática de las burguesías provinciales que habían sido subsidiadas por el Estado hasta ese momento –el caso más típico es el de Tucumán–; también hay otros ejemplos importantes: la pauperización de importantes sectores de las capas medias, la destrucción de la pequeña y mediana empresa, etc., es decir, un plan que golpea a todo el mundo en función de poner todo este destrozo, por así decir, al servicio del proyecto coherente en lo económico, o que trata de ser coherente en lo económico, y que es el proyecto de desarrollo, de profundización, de crecimiento del capital monopolista dependiente.

Pero mal que le pese a Krieger, y más allá de la coherencia del plan, las contradicciones políticas que son la consecuencia del plan económico se saldan en un proceso de desarrollo continuado de oposición al régimen que pasa por el desarrollo de la lucha armada, por los "disturbios" estudiantiles, las luchas gremiales, los levantamientos urbanos, es decir, el resto de la reciente historia política que todos conocemos y que paulatinamente va debilitando políticamente al régimen de Onganía hasta que termina el predominio político de los sectores hegemónicos en lo económico. A los fines prácticos podemos decir que termina para fines del 69, que el plan económico coherente termina para fines de ese año, se abandona la aplicación de este plan sistemático.

Onganía cae, le sucede Levingston y luego a éste lo suplanta Lanusse, pero cuando se inicia este último gobierno, es decir, en febrero-marzo del 71, ya el intento de llevar a cabo una política económica coherente ha sido abandonado totalmente, y la política económica no es más que una especie de mecanismo para frenar lo más rápidamente posible las tensiones inmediatas que surgen. El plan económico se transforma en algo así como un "equipo de bomberos" que va a apagar el fuego donde más lo necesitan; por supuesto partiendo de que todos los incendios se apagan sin tocar lo fundamental, es decir, sin tocar la tasa de ganancia de los capitalistas, sin modificar en lo más mínimo las condiciones sociales de producción capitalistas que rigen básicamente. Pero la política económica global y coherente se abandona, y se pasa a un intento, por así decir, opuesto, que es el intento de revertir los "tiempos" de Onganía: el famoso "el tiempo económico primero y el político después" se revierte por primero el político, el "gran acuerdo nacional", y luego veremos qué sucede con lo otro.

No es el caso detallar lo que fue el "gran acuerdo nacional", pero se puede decir que era un intento por instaurar un gobierno "razonablemente" legal, surgido de un acuerdo por arriba donde predominara, quizás, el partido radical, predominara la burocracia político-gremial del movimiento peronista sin ninguna intervención de Perón —una especie de "peronismo sin Perón"—, que garantizara la continuación de un plan económico que satisficiera las necesidades básicas, por lo menos, del capital monopolista dependiente. Éste, creo, era el proyecto del "gran acuerdo". Pero esto falla estrepitosamente y el resultado es que deben entregarle el gobierno al que podemos caracterizar como un gobierno popular; pasando por la etapa de Cámpora y la actual de Perón. Lo que interesa para esta caracterización es que las clases hegemónicas en lo económico y que hegemonizaban el proceso político

hasta el 25 de mayo pierden totalmente el control del aparato político, del aparato del Estado.

Entregan totalmente el aparato del Estado al sector que no representa de ninguna manera a los sectores hegemónicos de las clases dominantes; lo cual no quiere decir que desaparezcan las clases dominantes —en el escenario de lo económico no desaparecen para nada, la estructura económica sigue siendo la misma, con la total hegemonía del capitalismo monopolista dependiente—. En el plano de lo político tampoco desaparecen. El ejército está como está, los distintos medios políticos de los cuales se valen los distintos grupos hegemónicos de las clases dominantes siguen estando presentes en la superestructura política de Argentina. Pero lo que es evidente es que dan un paso atrás, se retiran provisoriamente de la escena política, por lo menos aparentemente; el ejemplo más claro es el ejército, que fue quien llevó a cabo el proyecto político de los sectores hegemónicos de las clases dominantes, y que ahora se "retira" de la política y va a reconstruir las zonas inundadas y ese tipo de cosas.

Entonces, la situación que tenemos actualmente se puede caracterizar como el dominio total del capital monopolista dependiente al nivel de la estructura económica y de una retirada total o semitotal de estas clases, de estos sectores hegemónicos en el campo de la estructura económica, del marco de lo político. Se "retiran", "dan un paso atrás", y le entregan el manejo de lo político, o por lo menos el manejo de la política económica, a los sectores que podemos llamar no hegemónicos de las clases dominantes, particularmente a los sectores de la burguesía monopolista nacional, a los sectores de la gran burguesía nacional que, aun cuando tengan alianzas de todo tipo con el capital extranjero —por ejemplo, sabemos que Aluar, Wobron, Fate no son empresas cien por ciento "nacionales"—, poseen un proyecto político-económico que es contradictorio con los intereses, o por lo menos con algunos de los intereses,

del capital monopolista dependiente o con el capital extranjero. Considero que éste es el marco global a partir del cual podemos analizar la coyuntura actual, es decir, el plan económico de Gelbard.

ANÁLISIS DE LA COYUNTURA ACTUAL

Creo que hay algo importante para tener presente en el análisis de la política económica, y es que hay una cosa muy paradójica: en la época de Lanusse un grupo económico fuerte estaba en el gobierno, pero el gobierno era débil; hoy pasa exactamente lo contrario, un grupo económicamente débil, la burguesía monopolista nacional, está en el gobierno, ubicada políticamente con una fuerza muy grande. Nadie duda que, por lo menos durante un tiempo, este gobierno "sigue", que no va a haber golpe, que hay una cierta estabilidad política; de alguna manera "lo político" desaparece del plano de las inquietudes de Gelbard y su equipo, y entonces se desplaza el enfrentamiento de los distintos sectores sociales, tanto en el interior de las clases dominantes como entre clases dominantes y clases dominadas, directamente al campo de lo económico. Vale decir que lo económico —más allá de que sea siempre lo determinante en última instancia, como ya sabemos— vuelve a ser lo dominante en lo inmediato, o sea que la política pasa hoy por la economía. Para ponerlo en términos muy simplificados, la lucha de clases hoy pasa mucho más por lo económico que por lo político; al contrario de lo que fue en estos últimos años.

Esto es una cosa importante para tener en cuenta para una evaluación correcta del plan económico y las respuestas que se le deben dar desde la perspectiva de las clases dominadas, desde la perspectiva política revolucionaria. Lo cierto es que, más allá del proyecto último de la gran burguesía nacional, es decir, más allá de lo que tengan en la cabeza Gelbard y su equipo y los sectores sociales que ellos representan —más allá de que tengan como pro-

yecto último la verdadera liberación nacional, el desarrollo autónomo del capitalismo local, o que su proyecto sea solamente negociar su posición con el imperialismo, acelerar quizás un poco la tasa de crecimiento económico y tener una tajada un poco mayor en detrimento de los sectores extranjeros, en detrimento de la oligarquía terrateniente y demás—, lo cierto es que esto no importa mucho, lo que pasa subjetivamente por la cabeza de Gelbard (aparte de que todos creemos que lo cierto es lo segundo, que esto de la liberación nacional no lo toman muy en serio ni ellos mismos). Más allá de lo que sean las subjetividades políticas, o los proyectos políticos que estos grupos tengan, de hecho "lo económico" está muy determinado por una serie de cosas objetivas, de condicionantes objetivos, y estos condicionantes objetivos son la peculiar alianza de clases y la lucha de clases que se dan en este momento; y además no pueden ser otros.

Y no pueden ser otros por lo siguiente: el dominio del capital monopolista dependiente, al nivel de la estructura económica, es, como dije anteriormente, hegemónico; por lo tanto, es imposible para la gran burguesía nacional revertir esta situación en poco tiempo, es imposible revertir esta situación rápidamente, salvo una conmoción política, una revolución política que manifiestamente no están ni en condiciones ni tienen ganas de hacer, porque, por otro lado, no son tontos, las "cosas se saben cómo empiezan pero no se saben cómo terminan". Las posibilidades de revertir muy rápidamente, de golpear muy duramente al capital monopolista dependiente, son objetivamente limitadas.

Entonces la alianza posible que puede hacer la gran burguesía nacional con la clase obrera tiene un signo determinado y no puede ser otro: el apoyo de la clase obrera al proyecto de la gran burguesía nacional tiene que ser un apoyo pasivo, tiene que ser un apoyo no-militante, tiene que ser el apoyo de una clase obrera desmovilizada, tranquilizada, despolitizada. Y esto porque, si no

lo fuera, se agudizarían los enfrentamientos que, a corto plazo, por razones económicas de fondo, la gran burguesía nacional no está en condiciones de absorber. Así, teniendo el apoyo pasivo de la clase obrera, los sectores que activamente apoyan los proyectos de la burguesía nacional son principalmente la pequeña y mediana burguesía, la base social de la CGE, el millón de empresarios que Gelbard "juega" cada vez que entra y sale de una reunión y hace declaraciones a los periodistas, el famoso "empresariado nacional", el millón de empresarios que la CGE representa; pero el 99 por ciento de esos empresarios son "chocolatineros" y la cúpula de la CGE son grandes empresas monopolistas, que tienen mucho menos que ver con los "chocolatineros" que con su "enemigo", el capital monopolista dependiente. Es decir, tienen el apoyo relativamente activo de su base social, pequeña y mediana burguesía en lo económico, pero esto produce ciertos condicionamientos que a continuación vamos a analizar.

En lo político, el apoyo principal –desde el punto de vista del "personal político" que lleva adelante el proyecto de la gran burguesía nacional– son las capas medias, sectores profesionales, sectores que podríamos llamar de una gran burocracia política, y asimilamos a los dirigentes sindicales a las capas medias, es decir, que éstos están más cerca de las capas medias, de funcionarios rentados, que de la clase obrera. Tampoco podríamos afirmar que son pequeños o medianos burgueses, porque salvando algunos que están en el "choreo" serio no acumulan capital.

Es decir que el apoyo político de este plan económico son los sectores o parte de los sectores que podríamos denominar capas medias. Ésta es la alianza, éste es el lado de los amigos del proyecto de Gelbard, el proyecto de la burguesía nacional. Se enfrentan principalmente al sector del capital monopolista dependiente y a la oligarquía terrateniente. Éstos son los principales enemigos; la burguesía monopolista nacional o la gran burguesía nacio-

nal va a tratar de extraer parte del excedente o parte de la plusvalía que se genera en esos sectores, para llevar a cabo su proyecto y para redistribuir y para satisfacer a sus aliados en su frente particular de clase.

Después habría ciertos sectores que tendríamos que analizar con cierto detalle para una caracterización más acabada. Por ejemplo, el gran capital financiero, que en principio estaría del lado "malo" de la barricada, sería uno de los enemigos, sería uno de los sectores golpeados por el proyecto de la gran burguesía nacional; y también habría que detenerse en ciertos grupos particulares, por ejemplo algunos sectores financieros no-bancarios. Y también en otros sectores que podríamos llamar los grandes comisionistas del capital extranjero, o sea, el grupo de los desarrollistas que, sin manejar una masa de capital muy importante, en la medida en que han actuado durante estos últimos 15 años de manera sistemática como comisionistas del capital extranjero, de alguna manera se han convertido en una "fracción de clase" que juega un papel particular y que en estos momentos se opone violentamente al plan de la gran burguesía nacional, lo cual se puede ver leyendo las páginas de *Clarín*, por ejemplo.

Pero dejemos de lado estos sectores que son relativamente minoritarios. Ahora bien, esta estructuración del enfrentamiento de clases que se da en este momento es muy particular, porque no se ha dado a menudo y no se ha dado en la primera época del gobierno peronista, en la época de "la segunda tiranía", aunque tenga algunas similitudes formales; no tiene nada que ver con la alianza de clases vigente durante el primer gobierno peronista.

Creo que esta peculiar conformación de alianzas de clases y determinantes económicos objetivos da lugar a una serie de contradicciones que son las que signan la coyuntura económica actual; y se me ocurre que se pueden detectar 4 o 5 contradicciones principales, aun cuando son muchas. Es decir, Gelbard

—para no decir siempre la gran burguesía nacional, ya que resulta un poco aburrido— no puede apretar demasiado, no puede extraer demasiado excedente, demasiada plusvalía, del capital monopolista dependiente, porque, como habíamos dicho y reiterado anteriormente, el capital monopolista dependiente instalado localmente o manejando la cosa desde afuera (quitando patentes, por ejemplo) tiene la manija de la reproducción ampliada del capital. Esto es realmente una verdad muy importante, y tiene poco y nada que ver con la titularidad legal de los medios de producción.

Nosotros podemos expropiar la Fiat de un plumazo, la expropiamos y se “acabó la historia”, y como hay reservas los indemnizamos, les pagamos 50, 100 millones de dólares a la Fiat por el valor de sus activos físicos instalados en el país. Sin embargo, si a la Fiat Torino se le da la gana que Fiat Argentina deje de funcionar, a las 24 horas deja de funcionar; sencillamente no se puede seguir hoy operando sin los insumos, la tecnología, las técnicas administrativas, etc., que permanentemente vienen desde Fiat Central a Fiat Córdoba y que determinan la continuación normal del proceso productivo de automóviles Fiat. Éste, que es un ejemplo tomado al azar, se reproduce en la fabricación de muchísimas más cosas de las que uno se imagina; en efecto, hay un montón de cosas que están fabricadas por empresas nacionales, incluso por empresas que utilizan tecnología nacional, y que, sin embargo, compran algunos de sus insumos “críticos” a otras empresas que son dependientes del capital extranjero. Indirectamente, pues, estas empresas “nacionales” son también “dependientes”.

Pues ocurre que esas empresas nacionales que les venden a empresas totalmente nacionales tecnología e insumos, para la fabricación utilizan capitales extranjeros, patentes extranjeras. O sea, el día que desde afuera le cortan a la empresa “B” (la que vende insumos y tecnología) el flujo de capital, etc., esto no sólo

afecta a la empresa “B”, sino también a la empresa “A” (la que compra tecnología, insumos a la empresa “B”). Y como en cualquier economía capitalista las interrelaciones entre sectores son muy grandes —todos los sectores están directa o indirectamente relacionados, puesto que hace a la forma en que está organizada la producción capitalista moderna—, la dependencia es muy grande, a veces mucho más grande de lo que parece ofrecer la simple lectura de la información de bienes de capital extranjero, o el hecho de que paguemos 100 o 200 millones de *royalties* por año al extranjero, o el hecho de que el 30 o 40 por ciento de la industria “grande” esté en manos del capital extranjero.

Vale decir que la dependencia real, a nivel de lo que nos interesa, a nivel de la producción física de mercancías, es posiblemente mucho más grande de lo que dicen esas cifras, que ya son bastante importantes. Ésta sería una de las limitaciones, de las contradicciones, que tiene el plan de la burguesía nacional. La segunda es que su segundo contrincante, la burguesía terrateniente —que es mucho más fácil de ser expropiada, pues, desde el punto de vista técnico, es bastante fácil ponerle precios máximos a la carne, inventar de nuevo un IAPI, poner un impuesto a la renta de la tierra o ir y expropiar todas las tierras—, desde el punto de vista económico tiene la manija de dos cosas importantes.

Tiene influencia sobre dos variables que son sumamente cruciales; una es la balanza de pagos. El déficit de la balanza de pagos es un aspecto importante en la estructura de la dependencia, como habíamos señalado al principio. Y la oligarquía terrateniente tiene gran influencia sobre la balanza de pagos porque la mayor parte de las exportaciones argentinas son productos agropecuarios. Por otro lado, tiene influencia sobre el salario real, que es otra variable crucial en este momento, en la medida en que los productos agropecuarios, y principalmente la carne, son el bien-salario por excelencia, constituyen el 30 o el 40 por ciento del consumo real

de la clase obrera, del proletariado argentino. O sea, mediante la reducción en la producción de exportables –lo que hicieron de hecho, como no sembrar trigo este año porque le habían puesto precio máximo a la carne–, o mediante la reducción de la oferta de carne, lo que afecta el consumo obrero, la oligarquía terrateniente está en condiciones de tocar, de golpear en dos variables particularmente sensitivas del sistema económico.

En tercer lugar existe la contradicción de la burguesía nacional en el interior de su campo de alianzas, muy particularmente con la clase obrera. La burguesía no puede movilizar a la clase obrera para negociar mejor, para amenazar con la movilización obrera a los sectores del capitalismo monopolista dependiente, a los sectores de la oligarquía terrateniente. Por otro lado, y esto ya hace más al largo plazo, si tampoco moviliza en lo más mínimo, si logra despolitizar totalmente a la clase obrera, si tiene éxito en los planes de “depuración” que están dando vueltas por allí, entonces puede repetirse la situación del 55, o sea que no solamente los sectores “enemigos” en el plano económico no le tengan mucho miedo al gobierno popular, sino que pasen a despreciarlo y terminen sencillamente por derrocarlo. En estos momentos los sectores “enemigos” en lo económico dan un “paso atrás”, quieren facilitarle las cosas al gobierno, y esto se puede ver en la columna económica-financiera de *La Nación* del domingo pasado, donde se dice que, por ahora, no hay que pedir demasiado, que hay que dejar que el gobierno, que el movimiento peronista resuelva sus contradicciones; no molestar demasiado pidiendo aumento del precio de la carne, crédito para el agro, etc. Y *La Nación* afirma entonces –desde el punto de vista de la oligarquía terrateniente– “quedémonos en el molde hasta que termine la depuración”. Esto, en el corto plazo, favorece el proyecto de la burguesía nacional, pero a largo plazo induce a una contradicción muy grande, porque una vez que termine con la depuración –si es

que pueden terminar–, se acabó, no hay ningún motivo para seguir haciendo buena letra y facilitar la gestión del plan de la gran burguesía nacional y se puede empezar a sabotear o intentar derrocar al gobierno popular.

En cuarto lugar, y nuevamente en el campo de las alianzas de la gran burguesía nacional, lo que consigue extraer de un modo u otro de los sectores “enemigos” de las clases dominantes –esto es, la plusvalía que consiguen extraer al capital monopolista dependiente y a la oligarquía terrateniente– no lo puede dedicar inmediatamente a un proceso de acumulación autónomo de capital, a un proceso de desarrollo autónomo, de tecnología local, etc., porque tiene un montón de deudas políticas que pagar. Primero con la clase obrera, otorgando un cierto aumento del salario real, cosa que se ha hecho, aunque no fue un aumento demasiado sustantivo; y después tiene deudas que pagar con su base social, o sea, con la famosa pequeña y mediana empresa y con las llamadas capas medias y demás. Y esto a través de diversos mecanismos, a través de un impuesto del Estado, a través de la reorganización del crédito bancario, absorbe una parte importante de lo que la burguesía nacional consigue extraer al capital monopolista y a la oligarquía terrateniente y deja poco margen, o va dejando poco margen, para un proyecto de largo plazo, de liberación de largo plazo –si es que lo hubiere–. Va dejando poco margen económico objetivo.

Habíamos dicho que si había un proyecto de liberación tenía que ser un proyecto “de a poco”. De golpe no se puede hacer por una serie de razones que ya habíamos mencionado. Poco a poco había que ir acumulando tecnología, acumulando capital, etc., para producir un proceso de liberación conducido por el capital nacional, o sea, un proceso de liberación capitalista, o de capitalismo autónomo. Pero si se hace de a poco, si vamos acumulando de a poco, hay que, sin embargo, acumular cifras significativas para que luego de una serie de años, 4 o 5, se comiencen a ver los resulta-

dos, y cuando decimos cifras significativas hay que hablar en serio: quiero decir que para desarrollar una tecnología propia hay que gastar mucho dinero, no se puede hacer con monedas. Se debería extraer primero una enorme masa de excedente de los sectores "enemigos" de las clases dominantes –capital monopólico dependiente y oligarquía terrateniente–, y después de todo esto usar todo lo posible para el proyecto de acumulación autónoma.

No obstante, se encuentran con la doble contradicción: primero, no pueden sacar mucho; segundo, de lo que sacan, una buena parte se saca para pagar la política de la peculiar alianza de clases que se constituye, que se ha constituido en Argentina. Creo que estas dos son las contradicciones básicas que signan todo el plan de gobierno, y por eso es que justamente, si uno lo lee y lo toma al pie de la letra, el plan se aproxima bastante a un plan de desarrollo de capitalismo autónomo, o de intento de liberación o semiliberación, por lo menos a partir del crecimiento de la burguesía nacional, de la tecnología, etc. Sin embargo, cada vez que se va implementando el plan, a través de cada medida que se toma, en realidad no es más que un 10, 20 o 30 por ciento de lo que se había anunciado.

Y podríamos tomar una por una todas las medidas, tanto del corto o del largo plazo, y hacer este tipo de análisis y demostrar cómo las debilidades, las contradicciones en su implementación se deben en última instancia o están determinadas por esas cuatro o cinco contradicciones básicas y que son objetivas. Y son objetivas porque están determinadas por la estructura de la peculiar alianza de clases que tenemos en este momento. Un ejemplo es el precio de la carne (y en cualquier ley ustedes pueden ver que pasan cosas muy parecidas). Por una ley se rebaja el precio de la carne en 1/3, más o menos; esto es una barbaridad, esto significa, si se lleva a la práctica, extraer una masa de excedente enorme de la oligarquía terrateniente. No solamente es importarte sino que

es técnicamente posible de hacer, simplemente con dos cosas; primero, con una serie de medidas de política económica, "técnicas" digamos, bien implementadas –no me interesa entrar en detalle, aparte ustedes no son economistas–. Se ha hecho en otros países, en tiempos de guerra e incluso con economías en normalidad. Y junto a estas medidas técnicas, un grado de movilización, es decir, medidas de amedrentamiento a la oligarquía terrateniente, o sea, mandar unos muchachos de la JP a que arriaran unas cuantas vacas y las traigan a Liniers, expropiar uno que otro campo. Hacer cosas de este tipo, de movilización, de agitación, y un conjunto de medidas técnicas bien aplicadas; esto garantizaría la posibilidad de poner el precio de la carne a \$ 4,20, como se fijó originalmente, e incluso más abajo que eso.

Esto implica una transferencia bastante sustantiva de plusvalía de parte de la oligarquía terrateniente al Estado, y como quien tiene la manija del Estado es la gran burguesía nacional, el excedente pasa a ésta. Sin embargo, la movilización no se hizo, y las medidas técnicas sin movilización son un fracaso total, ya que a toda medida que toma el Estado la oligarquía terrateniente responde con el sabotaje; mediante la restricción de la oferta de carne o la derivación de ésta al mercado negro. Y por otro lado, dan un golpe muy fuerte y es no sembrar trigo, lo cual toca otra fibra muy sensible que es la balanza de pagos. La conclusión es que después de un tira y afloje de varios meses se sentaron a la mesa los representantes del gobierno, de la Sociedad Rural, los de la Federación Agraria y demás, se hizo una coordinadora agropecuaria, se firmó el Acta de Compromiso del Agro, etc., y finalmente lo que se logró fue el abastecimiento de carne; no se normalizó la siembra de trigo porque ya es tarde, pero sí las siembras de las nuevas cosechas. Pero a cambio de eso el gobierno se vio obligado a hacerle una serie de concesiones a la oligarquía terrateniente, y además está comprometido a otorgarle más a medida que pase el tiempo.

La Ley de Inversiones Extranjeras es otro ejemplo más y bastante conocido; en estos días un pequeño detalle del articulado fue modificado donde tocaba un punto en litigio. Otro aspecto típico de las contradicciones del gobierno es el control de precios. Por ejemplo, primero se impuso con una energía muy grande, golpea muy seriamente los intereses del capital monopolista dependiente, reduce objetivamente la tasa de ganancia de este capital, pero lo que ocurre es que al poco tiempo y frente a la imposibilidad de controlar efectivamente los precios si no es a partir de la dialéctica entre lo técnico y la movilización –la presencia activa del pueblo, de la clase obrera, asustando a los comerciantes, a quien sea–, el control de precios se convierte nuevamente en una “Comisión de precios e ingresos”, en la que acaba de ingresar la Unión Industrial Argentina, representante por excelencia del capital monopolista dependiente. Una medida que podía convertirse en una transferencia sustancial de plusvalía termina en una negociación entre los sectores hegemónicos y los no-hegemónicos de las clases dominantes.

Esto se puede ver en todas las medidas del programa de gobierno. Sin embargo, a pesar de todas estas debilidades y contradicciones del plan Gelbard, creo que es muy importante no confundir las cosas. El plan Gelbard no es el plan Krieger, en realidad es una cosa totalmente distinta y casi lo opuesto, en términos de configuración de alianzas de clases, más allá de la política que realmente se lleve a cabo, y más allá del resultado a largo plazo, ya que “a la final” –y si todos estamos de acuerdo en que en última instancia, y en esto creo que estamos todos de acuerdo, no hay más que dos caminos: el capital monopolista dependiente o el socialismo–, “a la final”, repito, Gelbard va a hacer lo mismo que Krieger, porque no hay una vía intermedia, pero éste no tiene nada que ver con el análisis económico de la coyuntura en el corto plazo. La identidad Gelbard/Krieger es una verdad histórica o, casi

diría, metafísica, es decir, es una verdad tan a largo plazo que no nos dice nada en relación con lo que está ocurriendo hoy.

En conclusión, lo que actualmente está pasando debe ser analizado a partir de estas caracterizaciones que he hecho u otras mejores que se puedan hacer, pero a partir de una serie de elementos que marquen la diferencia sustancial del plan Gelbard y el plan Krieger. Y, por otro lado, en tanto y en cuanto hoy la lucha de clases se da en buena medida en el plano de lo económico, es importante que esto se analice; y no es una cuestión académica, porque si igualamos, si partimos del supuesto de que Krieger y Gelbard son lo mismo, entonces estamos evaluando erróneamente la coyuntura económica. Y si la política pasa en buena medida por la coyuntura económica, si la lucha de clases pasa hoy por lo económico, entonces nosotros vamos a equivocarnos también en el campo de la lucha política que es, pienso, lo que a nosotros más nos tiene que interesar.

**LA DICTADURA MILITAR:
CAMBIO ESTRUCTURAL Y LA NECESIDAD
DE UN PROYECTO ALTERNATIVO**

OSCAR BRAUN Y LA DICTADURA MILITAR VISTA DESDE EL EXILIO

Daniel Azpiazu y Martín Schorr

En esta segunda parte del libro se presentan tres trabajos inéditos de Braun, todos ellos elaborados en el exilio a mediados de 1980, plenamente articulados entre sí y que revelan el rigor conceptual y analítico que caracterizaron a todas sus obras, así como su compromiso activo y militante con los sectores populares.

Se trata, en primer término, de una conferencia dictada en México en julio de ese año a un público integrado mayoritariamente por cuadros políticos ("Economía y política en la Argentina, 1976-1980"). En la misma, Braun desentraña con notable precisión los rasgos sobresalientes del plan económico de la dictadura militar, entendido como un "proyecto del conjunto de las clases dominantes argentinas, pero liderado por una coalición oligárquica –terrateniente, financiera e industrial–; un programa que pretende desbloquear los frenos a la acumulación de capital en Argentina principalmente mediante la reducción del salario real".

La segunda de las reflexiones es una entrevista que le fuera realizada, también en México, para la revista *Controversia* ("Análisis del plan Martínez de Hoz"), donde preanuncia el fracaso económico de dicho programa, al tiempo que esboza los lineamientos centrales que deberían fundamentar la formulación de un proyecto alternativo al de la dictadura militar, siempre desde la perspectiva de los intereses de la clase trabajadora y, más ampliamente, de los sectores populares.

Esta última preocupación analítica y política es la que concitan las reflexiones de Braun en el tercero de los textos ("Un proyecto alternativo", escrito en Holanda), en el que después de desarrollar y fundamentar los "ejes principales de un programa económico alternativo", invita a todos los sectores del país, oprimidos por "una minoría egoísta y estúpida", a una "discusión abierta, amplia y democrática" en torno a un "plan de verdadera salvación nacional".

Con sus matices y especificidades, en las tres contribuciones subyace una combinación inteligente y por demás coherente de análisis socio-histórico, teoría económica y agudeza epistemológica (desde y para la militancia política encuadrada dentro del peronismo de izquierda). Es más, a pesar de su profunda y rigurosa crítica al plan de Martínez de Hoz (máxime si se considera que la misma fue realizada en forma contemporánea con la aplicación de dicho programa y con carencias notables en materia de disponibilidad de datos fidedignos), Braun admite, retomando algunas de sus reflexiones sobre el plan económico del tercer gobierno peronista, que "es importante reparar en el hecho de que la situación económica de la Argentina de 1976 no era fácil y que las causas de las dificultades económicas reflejadas, entre otras variables, en una caída de la producción, altas tasas de inflación y una situación deficitaria en la balanza de pagos había que buscarlas también en las debilidades del proyecto económico llevado adelante por el entonces ministro Gelbard".

Sin embargo, sus análisis no son para nada condescendientes con la política económica de la dictadura militar. Los tres trabajos marcan claramente la lógica política subyacente en el drástico cambio estructural acaecido en la estructura económica y el desenvolvimiento del modelo de acumulación que resulta del programa de Martínez de Hoz. Y muy lúcidamente se destaca el esquema de ganadores y perdedores en términos de clases y fracciones de clase, esto es, el carácter a la vez regresivo y heterogéneo de la reestructuración socio-económica impulsada por los militares que usurparon el poder el 24 de marzo de 1976 y sus bases de sustentación en el nivel social. En palabras de Braun: "En lo económico, el plan que aplica en Argentina Martínez de Hoz tiene como eje principal la transferencia masiva de ingresos en favor de una pequeña oligarquía de grandes propietarios agrarios, financieros e industriales, así como del capital financiero internacional. Esta política se articula mediante el aumento de la renta agraria, la suba de la tasa de interés real como resultado de la reforma financiera, la caída del salario real y la aplicación de una política de total libertad en el mercado de cambios para los movimientos de capital financiero (...). El plan tiene éxito en el sentido de que pocas veces en la historia argentina o de otros países se ha visto operar una redistribución del ingreso regresiva de características tan masivas. Esto ha requerido, obviamente, la represión sistemática a la clase obrera, a sus organizaciones sindicales y a sus dirigentes combativos, así como a sus cuadros de base".

Con su especial capacidad de síntesis, en pocas líneas el autor identifica a los ganadores y los perdedores de la política económica de la dictadura y, fundamentalmente, los principales mecanismos que en lo "económico" y lo "político" (unidad indisoluble en el pensamiento de Braun) sustentaron semejante *revancha clasista*. Así, como quedó demostrado al cabo de más de tres décadas, uno de los grandes "éxitos" de la dictadura militar fue la drás-

tica y brutal (¿cabe otra adjetivación?) reducción del salario real, en tanto desde los mismos inicios de la gestión quedó establecido un nuevo –y mucho más bajo– estadio de discusión de las remuneraciones de los trabajadores y, por consiguiente, de la distribución del ingreso; nivel que se encuentra muy por debajo del vigente antes del “Rodrigazo” de 1975 y que, con sus más y sus menos, ha persistido hasta nuestros días.

En efecto, fundamentalmente como producto del congelamiento de los salarios por tres meses y la supresión del control de precios (dos de las principales medidas iniciales del plan), el llamado “sinceramiento” de los precios (87 por ciento de inflación en el segundo trimestre de 1976) derivó en una caída del salario real superior al 30 por ciento en apenas tres meses; fenómeno inédito por su intensidad y celeridad, que naturalmente fue posible implementar en el marco de la feroz represión que se abatió sobre la clase obrera, el cercenamiento de conquistas laborales de larga data, la intervención de los sindicatos, el secuestro y la “desaparición” de delegados de base y, en suma, la vigencia plena del terrorismo de Estado.

Otro pilar fundamental del plan Martínez de Hoz, también resaltado por Braun en las reflexiones que siguen, fue la reforma financiera de mediados de 1977. A partir de la misma, el sector financiero comenzaría a ocupar un lugar hegemónico en la absorción y la reasignación de los recursos que, supresión de los controles sobre el mercado cambiario y los flujos internacionales de divisas mediante, terminó por consolidar a la “valorización financiera” como el polo dinámico por excelencia de una “economía de especulación”. Así, como lúcidamente reconoce el autor, el desplazamiento de la industria manufacturera como eje ordenador de las relaciones económicas y sociales, y como propulsora del crecimiento económico del país, surge como un resultado previsible y natural de un modelo en el que “las únicas actividades rentables se vinculan precisamente con la especulación, sobre todo con la financiera”.

La liberalización –y el alza sustantiva en términos reales– de las tasas de interés vigentes en el ámbito doméstico, así como de la asignación del crédito por parte de las entidades financieras, ejerció una influencia decisiva, sino determinante, en el desenvolvimiento de la economía, en las transferencias intersectoriales de ingresos, en la propia dinámica de la acumulación de capital y en las formas adoptadas por el poder económico dominante. De allí que los principales beneficiarios de tales comportamientos hayan sido unos pocos grupos económicos locales con una inserción en la economía altamente concentrada y diversificada, y con un esquema de reproducción ampliada crecientemente disociado del comportamiento del mercado nacional a partir de su control sobre la oferta exportadora del país y una acelerada fuga de sus capitales al exterior (la oligarquía “terratiente, financiera e industrial” a la que alude el autor).

Más allá de estos aspectos medulares de las reflexiones de Braun respecto de las características sobresalientes y el *contenido de clase* de la política económica de la dictadura militar, cabe incorporar una breve digresión asociada a una de las tantas contradicciones (¿o errores de diagnóstico?) del plan Martínez de Hoz, como es la que se vincula con la inserción y el papel de las inversiones extranjeras en el “proceso de reorganización nacional”.

Al respecto, y en relación con la sanción, en agosto de 1976, de un nuevo régimen de inversiones extranjeras (Ley N° 21.382, *aún vigente*), Braun remarca que “se trata de un esquema que enfatiza la necesidad de la inversión extranjera y que ofrece al capital extranjero todas las facilidades que éste pueda desear (el gobierno argentino se vanagloria incluso del hecho de haber otorgado ventajosas a la inversión extranjera como no lo ha hecho ningún otro país del mundo)”.

En efecto, entre otras cuestiones relevantes, dicho régimen conllevó: una liberalización generalizada en cuanto a la incorpo-

ración de capitales foráneos, así como en lo atinente a la actividad de las transnacionales radicadas en el país; la eliminación de todo tipo de prohibición en cuanto a sectores de destino de la inversión; la igualdad de tratamiento (derechos y obligaciones) respecto de los inversores nacionales; la supresión de todo trato diferencial (acceso al crédito interno, a la promoción industrial, etc.); la posibilidad de invertir en bienes de capital usados y capitalizar bienes inmateriales; la absoluta libertad para remitir utilidades y repatriar capitales; y la consideración como relaciones "entre entes independientes" de aquellas transacciones establecidas entre las casas matrices y sus subsidiarias locales (respuesta normativa tendiente a evitar fallos trascendentes, como los de la Corte Suprema de Justicia a principios de los años setenta -Swift-Deltec y Parke Davis-).

Sin embargo, a mediados de 1980 Braun marcaba la "paradoja" de que semejante liberalización al capital extranjero, sumada a la andanada represiva sobre la clase trabajadora y demás sectores populares (con su correlato en la señalada drástica reducción de los salarios reales), no había conducido a un incremento en la inversión extranjera, "lo cual no es de extrañar dada la recesión general de la economía". En efecto, como ha quedado sobradamente demostrado durante el período dictatorial, no basta con una simple liberalización normativa para atraer capitales foráneos: el clima de inversión y la existencia de perspectivas ciertas de condiciones de "mercado" subordinan a las "bondades" de la legislación. Es más, fue durante esos años cuando, al calor de la crisis económica (particularmente intensa en el ámbito fabril), se registró la repatriación de capitales de muchas de las más importantes firmas transnacionales con actividad en el ámbito doméstico como, entre otras, General Motors, Citroën, Chrysler, Olivetti, Metalúrgica Austral, Insud, Ascensores Otis, todas ellas líderes oligopólicas en sus respectivos mercados.

El análisis de Braun acerca de la debilidad en la formación de capital durante los años de la dictadura (tanto de parte del capital extranjero como del nacional), se vincula con otra cuestión sumamente relevante (también planteada por el autor), como es la paulatina emergencia de un nuevo régimen de acumulación de capital en Argentina. Entre otros fenómenos, ello se manifiesta en que la fenomenal transferencia de ahorro que viabilizó y promovió Martínez de Hoz a las fracciones dominantes no se tradujo en un aumento en la tasa de inversión y una expansión de la actividad económica, sino en el financiamiento "especulativo" del déficit fiscal (asociado, este último, a la implementación de múltiples mecanismos de subsidios y prebendas estatales al capital concentrado interno -promoción industrial, estatización de la deuda externa privada, sobrepagos pagados a proveedores por parte de las reparticiones públicas y empresas estatales, etc.-), una importantísima fuga de capitales locales con su correlato en un crecimiento exponencial de la deuda externa, y un agudo proceso de desindustrialización y reestructuración regresiva del entramado manufacturero.

Así, Braun reconoce con claridad que a comienzos de la década de los años ochenta no se estaba en presencia de una típica crisis del esquema sustitutivo de importaciones, sino ante un drástico cambio en el modo de acumulación. Se trató de una transformación estructural que perjudicó a amplias capas de la sociedad argentina y favoreció fundamentalmente a la oligarquía "terratiente, financiera e industrial", en el marco del sistemático desplazamiento de la industria como vector organizador del sistema económico y socio-político; es decir, del sector de actividad que sustentara largos años de crecimiento ininterrumpido y sostenido (más de una década, con incrementos en la productividad, el empleo, el salario real y la distribución progresiva del ingreso).

Sobre estas cuestiones, vale resaltar la claridad conceptual y expositiva con la que Braun plantea en uno de los textos la dife-

rencia existente entre las ganancias brutas y las ganancias netas (véase: "Análisis del plan Martínez de Hoz"). Al respecto, las evidencias disponibles indican que entre 1975 y 1982 (más precisamente, durante el período en el que queda plenamente de manifiesto el objetivo *revanchista* y disciplinador de la dictadura militar), en el ámbito de la industria manufacturera argentina la productividad de la mano de obra se incrementó un 40 por ciento, al tiempo que el costo salarial (salario nominal deflactado por el índice de precios mayoristas no agropecuarios) decayó algo más de un 30 por ciento. Así, la relación entre ambos patrones de comportamiento, considerado como un indicador *proxy* de la evolución de la tasa de explotación de los trabajadores en la industria y de las ganancias brutas de los patrones, se incrementó alrededor de un 100 por ciento.

Sin embargo, ello no quiere decir que ese muy superior excedente generado en la industria haya sido apropiado en su totalidad por los empresarios del sector. Muy por el contrario, la mayor incidencia de los costos fijos (capacidad ociosa por retracción del mercado) y fundamentalmente la vigencia de tasas de interés reales muy elevadas permiten suponer que, en el marco del proceso de desindustrialización registrado a raíz de la apertura económica, la apreciación cambiaria asociada a la "tablita" y los propios sesgos del nuevo esquema de acumulación, las ganancias netas de las firmas manufactureras no se vieron mayormente alteradas a pesar del notable incremento en la tasa de explotación de la mano de obra (es más, muchas sufrieron importantes quebrantos contables y no pocas registraron pérdidas patrimoniales de significación).

Naturalmente, lo anterior no implica desconocer que muchos de los grandes empresarios industriales también participaron activamente, en forma directa o a través de firmas controladas y/o vinculadas, en la "valorización financiera" de sus capitales.

En palabras de Braun: "el incremento en las ganancias brutas que se obtiene a partir de la caída del salario real no se vuelca en ganancias 'propiamente' capitalistas, sino en el aumento de las rentas de los propietarios pasivos, y por lo tanto, el estímulo a la inversión que hubiera debido generar la caída del salario real se contrarresta y elimina por el aumento de la renta, del interés en términos reales y por otros pagos a los propietarios pasivos de bienes físicos y/o de activos financieros".

El reconocimiento de los profundos y sumamente regresivos cambios estructurales que había traído aparejada la dictadura militar sobre la dinámica de la acumulación de capital en nuestro país, y la drástica redefinición de las relaciones económicas, políticas y sociales a ellos asociada, llevan a Braun a plantear a mediados de 1980 que, en tales condiciones, el "tránsito al socialismo" era harto dificultoso (cuando no inviable), y que por lo tanto se debía avanzar en la formulación de un plan alternativo y viable en términos políticos y sociales. Y que dicho programa económico, por las transferencias de ingresos que debía motorizar, sería de neto corte antioligárquico, básicamente porque debía ir en contra de los intereses de la oligarquía "terrateniente, financiera e industrial" y los diferentes sectores favorecidos por el nuevo esquema de acumulación, y a favor de la clase trabajadora en particular y, más en general, del conjunto de los sectores populares.

En ese marco, y con la finalidad de impulsar un debate amplio y participativo en el interior del campo popular, Braun esbozó los lineamientos centrales sobre los que, a su criterio, debería estructurarse tal proyecto alternativo:

- la expropiación de la renta agraria (de las propiedades de mayores dimensiones, ineficientes e improductivas), así como de los grandes bancos y compañías financieras;
- el reordenamiento del sector público y la supresión del déficit fiscal;

- el despliegue de políticas de ingresos que promuevan una mejora considerable del salario real;
- el control estatal efectivo sobre el comportamiento de los sectores empresarios oligopólicos;
- la instrumentación de medidas para el desarrollo de los sectores productivos haciendo eje en la industria, la producción agropecuaria y la actividad energética; y
- a partir de la recuperación de "los recursos que hoy se despilfarran", garantizar el acceso *universal* y en condiciones dignas en el ámbito de la vivienda, la salud y la educación.

Ahora bien, como destaca Braun, la concreción de un programa socio-económico que tenga como "norte" los señalados ejes estratégicos necesariamente debería ir acompañado de una transformación radical en la estructura y el papel del Estado; en otras palabras, de la emergencia de un nuevo Estado que priorice los intereses populares por sobre los de esa "ínfima minoría de grandes propietarios" beneficiaria por excelencia de las políticas de la dictadura militar.

En este último sentido, a algún lector desprevenido le podrían llegar a resultar sorprendentes algunas afirmaciones de Braun, más si se las extrapola hasta nuestros días. Tal podría ser el caso de su señalamiento respecto de la necesidad de fijar "los precios del petróleo y de la energía a niveles mundiales, terminando con lo que representa un verdadero despilfarro de riquezas en parte no renovables. Una política de precios realista para los energéticos –compensando en forma adecuada a los sectores de menores ingresos– debería rápidamente poder convertir a la Argentina en un exportador neto de energéticos".

Más allá de su preocupación por la determinación de precios diferenciales según estratos sociales, tales consideraciones no

pueden ser malinterpretadas, ni las referidas a fijar precios domésticos equiparables a los internacionales, ni tampoco la de convertir al país en un exportador neto. Para ese entonces, ni Braun, ni seguramente el propio Martínez de Hoz y sus secuaces, habrían podido pensar en una posible privatización de la estatal YPF, y consecuentemente de la propia renta hidrocarburífera.

Sería varios años más tarde que nuestro país se convertiría en un exportador neto de petróleo, pero con inconmensurables y sumamente deletéreos costos económicos y sociales. En efecto, en los años noventa, sin compensación alguna para los usuarios de menores recursos, los precios locales (como en el caso de los derivados del petróleo) se ubicaron por encima de los internacionales, al tiempo que, privatización de YPF y desregulación sectorial mediante, la renta hidrocarburífera fue apropiada por un número muy reducido de grandes actores económicos. En paralelo, la sobreexplotación de esos recursos naturales no renovables (*explorados* en su casi totalidad por la compañía estatal) se vio acompañada de la subexploración de nuevas reservas y crecientes exportaciones de hidrocarburos por parte del oligopolio petro-energético (prácticas que contaron con la más absoluta connivencia estatal); de allí que no resulte sorprendente la caída pronunciada que experimentó el horizonte de reservas disponibles de nuestro país.

Claro que todo ello en poco se asemeja a la visión de uso racional de los recursos desde una perspectiva intergeneracional que planteaba Braun a inicios de los años ochenta: "se impone una política de conservación de energía y de apropiación por el conjunto del país de los excedentes generados en la producción de energía (...); se debe promover bajo el control y la dirección del Estado una política sistemática de exploración de nuestros recursos y desarrollo de los mismos, generando tecnología propia que evite la actual y creciente dependencia del extranjero". Sin duda,

estas últimas reflexiones se ubican en las antípodas de las políticas implementadas en los noventa al calor del predominio hegemónico de las corrientes neoliberales y neoconservadoras, las cuales derivaron en la consecución, en algunos casos, y la profundización, en otros, de muchos de los legados críticos y las "asignaturas pendientes" del *proyecto global* de la dictadura militar.

Es más, en el escenario macroeconómico por el que ha venido transitando en los últimos años la Argentina, y sin desconocer los profundos cambios registrados en las últimas tres décadas –como el de la señalada privatización de YPF y de la renta hidrocarburífera, así como las considerables alteraciones verificadas en la producción y la propiedad agropecuarias–, cabría reflexionar en torno al contexto –y ciertas similitudes contemporáneas– en el que Braun elaboró sus propuestas de proyecto alternativo: "Todo esto significa que en este momento la mejora de los términos de intercambio y el resurgimiento de una enorme renta agraria y petrolera en Argentina podrían viabilizar un considerable proceso de redistribución de ingresos y financiar un proceso de acumulación a partir del Estado".

En definitiva, luego de largos años de vigencia de un régimen de acumulación que derivó, entre otros fenómenos, en un acuciante cuadro de desindustrialización y reprimarización, un salto sumamente pronunciado en los niveles de concentración y centralización del capital prevalecientes en los diferentes mercados, una fenomenal "financiarización" y desnacionalización del ahorro interno, y una situación acuciante en materia laboral y distributiva (no casualmente la génesis del nuevo modelo estuvo asociada a la represión más salvaje sobre los sectores populares de la historia argentina contemporánea), es indudable que el carácter y el contenido del plan alternativo esbozado por Braun presentan una actualidad ostensible.

En efecto, pocas dudas quedan en cuanto a la imperiosa necesidad de conformar una nueva y sostenida dinámica de acumula-

ción (naturalmente, asentada en el nivel político sobre una muy distinta correlación de fuerzas entre las diversas clases y fracciones de clase), cuyos ejes estratégicos principales se vinculan con la redistribución del ingreso, la reindustrialización, y la recuperación y la consolidación de capacidades estatales. Todo ello resultaría factible a partir de una considerable transferencia de ingresos desde los sectores ligados al mercado mundial (agroindustria, petróleo y derivados, y otros sectores con rentas extraordinarias como la minería) y tendría al Estado como actor protagónico en tanto garante y vehiculizador de tal redistribución. En ese sentido, las reflexiones de Oscar Braun que siguen a continuación deberían constituirse en referencia ineludible para todos aquellos sectores genuinamente preocupados en nuestro país por la reconstitución económica y política de la sociedad y, más específicamente, del campo popular.

ECONOMÍA Y POLÍTICA EN LA ARGENTINA, 1976-1980

*Oscar Braun**

La problemática argentina, que es el tema que nos convoca, está evidentemente muy vinculada y sería necesario relacionarla con las problemáticas similares que viven otros países del Cono Sur como Brasil, Uruguay, Chile y Bolivia.

Los proyectos de las clases dominantes de estos países sudamericanos tienen una serie de similitudes significativas: a) se apoyan esencialmente en un aumento de la explotación y la opresión de la clase obrera, lo cual se refleja en la caída del salario real; b) constituyen proyectos en los cuales se coaligan las distintas fracciones de las clases dominantes; c) se trata de esquemas que tienden hacia una mayor concentración y centralización del capital en sectores industriales, financieros y agropecuarios;

* Desgrabación de una conferencia dictada por Oscar Braun en México en el mes de julio de 1980.

d) son, con sus matices, intentos de reinserción de estos países en una nueva división internacional del trabajo, en respuesta a la crisis internacional que vive el conjunto del mundo capitalista; y e) se apoyan esencialmente en una represión indiscriminada a la clase obrera y demás sectores populares y se justifican, o han pretendido justificarse, sobre la base del supuesto caos que habrían generado los gobiernos populares que las dictaduras militares han suplantado.

Sin embargo, hay diferencias significativas en la forma en que se articulan estos proyectos.

En el caso de Brasil, por ejemplo, el rol que cumple el Estado es mucho más importante que en los demás países del Cono Sur, y, por otro lado, el momento en que se implementa el régimen militar en este país era mucho más favorable para la expansión de la actividad industrial. Esto permitió, en este caso, un significativo proceso de crecimiento manufacturero apoyado en el incremento de las exportaciones.

Mientras que en Chile el aumento de la desocupación ha sido sumamente significativo, en Argentina la caída del salario real no ha sido acompañada por un aumento importante en la desocupación; en Uruguay se verifican ambos fenómenos, es decir, un incremento de la desocupación junto a una disminución importante del salario real.

Obviamente, tomaría demasiado tiempo un análisis comparativo de las diferencias que representan los distintos proyectos militares, de allí que en lo que sigue nos vamos a concentrar en el caso argentino que, sin representar una identidad total con los demás esquemas, presenta una serie de características similares.

En Argentina, como en el de los demás proyectos militares en el Cono Sur, la justificación que se utiliza para realizar el golpe de Estado es el supuesto caos económico y político en el que estaba sumido el país hasta marzo de 1976. Esta justificación es

obviamente falsa. En primer lugar, existía un gobierno democrático funcionando normalmente y estaban previstas elecciones para pocos meses después del golpe. En segundo lugar, el último ministro de Economía de Isabel estaba aplicando un plan económico que tenía alguna de las características de los denominados planes de estabilización y que hubiera permitido superar el así llamado caos en el cual se encontraba sumida la economía argentina. En tercer lugar, en lo que hace a los aspectos políticos, la represión que aplicaron las Fuerzas Armadas se estaba llevando a cabo ya antes del golpe de Estado de marzo de 1976.

Habiendo señalado esto, sin embargo, es importante reparar en el hecho de que la situación económica de la Argentina de 1976 no era fácil y que las causas de las dificultades económicas reflejadas, entre otras variables, en una caída de la producción, altas tasas de inflación y una situación deficitaria en la balanza de pagos había que buscarlas también en las debilidades del proyecto económico llevado adelante por el entonces ministro Gelbard.

En efecto, en mi opinión, el plan económico de Gelbard, que no vamos a discutir ni analizar aquí en detalle, presentaba por lo menos dos fallas fundamentales en lo económico y lo político.

En lo económico, Gelbard no atacó con la decisión requerida el poder de la oligarquía argentina, lo cual impidió la estructuración de un plan racional de desarrollo económico. Golpeó en cierta medida los intereses agrarios, pero no lo suficientemente como para evitar el sabotaje a la producción llevado adelante por la oligarquía terrateniente, que fue una de las causas principales del déficit de la balanza de pagos y el proceso inflacionario vivido a partir de 1975. Y en lo político, el plan económico de Gelbard se desintegró, por así decirlo, de la política global del movimiento peronista; estaba por fuera del movimiento y por lo tanto carecía de la necesaria base política que tiene que tener todo plan económico para tener éxito.

Ahora bien, no vamos a entrar a discutir en detalle el problema de los orígenes del golpe, sino que lo que queremos discutir en esta charla es el proyecto económico y político de las clases dominantes en Argentina y cuáles son las consecuencias del plan económico de Martínez de Hoz. ¿Tiene éxito este plan o no? ¿Hasta qué punto y por qué razón?

Empecemos brevemente por lo segundo, o por la imagen de lo segundo, es decir, hasta qué punto presenta el plan económico de Martínez de Hoz una imagen de éxito, por lo menos en la prensa internacional. Sobre todo a partir del viaje que realizó por Europa el ministro, se presentó este plan como un nuevo milagro económico, se hablaba de Martínez de Hoz como el nuevo "Mago de Hoz". ¿Hasta qué punto todo esto es cierto? Y si no lo es (obviamente no lo es), ¿cómo consigue el gobierno argentino y en particular Martínez de Hoz presentarse como mago de las finanzas, como constructor de un nuevo milagro económico?

Martínez de Hoz logró en efecto cierto éxito político al ser recibido por los primeros ministros de Alemania, Francia e Inglaterra, y al ser aplaudidas sus medidas por la mayoría de la prensa internacional. Creo que la forma en que esto se logró es muy fácil de explicar: el apoyo político que obtiene Martínez de Hoz de los gobiernos europeos lo logra simplemente a partir de la utilización del poder significativo que le da el rol que juega el Estado argentino como importante comprador de equipos de capital y de toda clase de productos industriales en los países de Europa. El chantaje, por así decir, de Martínez de Hoz frente a los gobiernos europeos es que si no recibe su apoyo político, entonces discriminaría económicamente en contra de las empresas de estos países. Si a esto se suma el apoyo que Martínez de Hoz tiene en los sectores financieros internacionales, es muy fácil explicarse cómo los distintos gobiernos europeos han avalado políticamente al ministro, y cómo luego éste ha podido hacer jugar en el interior

de Argentina este apoyo político como la demostración de la vigencia de su plan y la imposibilidad de aplicar proyectos alternativos.

Sin embargo, este éxito esconde una desconfianza profunda del capital internacional hacia el plan económico en curso. Tanto en la prensa especializada en economía, como en el accionar concreto de las empresas internacionales —lo que aun es más significativo—, se denota muy claramente una desconfianza total hacia el proyecto que implementa la junta militar. En efecto, las inversiones de capital extranjero en Argentina siguen siendo sumamente limitadas y el apoyo que ha conseguido el plan económico se limita, por lo menos hasta el momento, a flujos de capital financiero y excluye casi totalmente un crecimiento considerable de las inversiones productivas en el sector manufacturero, dado el contenido desindustrializador del programa económico de la dictadura.

Pasemos ahora de la discusión de las imágenes que presenta el gobierno argentino en lo que hace a su estrategia económica, a la realidad del proyecto, es decir, a indagarnos acerca de cómo se estructura, qué resultados tiene y por qué se llega a los resultados a los cuales se ha llegado en materia socio-económica.

Yo caracterizaría al plan Martínez de Hoz como un proyecto del conjunto de las clases dominantes argentinas, pero liderado por una coalición oligárquica —terrateniente, financiera e industrial—; un programa que pretende desbloquear los frenos a la acumulación de capital en Argentina principalmente mediante la reducción del salario real. Se trata de un esquema que enfatiza la necesidad de la inversión extranjera y que ofrece al capital extranjero todas las facilidades que éste pueda desear (el gobierno argentino incluso se vanagloria del hecho de haber otorgado ventajas a la inversión extranjera como no lo ha hecho ningún otro país del mundo). Y también, de un proyecto que pretende una reducción significativa del rol que juega el Estado en el proceso económico y en el de acumulación de capital, e intenta reinsertar a la Argentina en una nueva

forma de división internacional del trabajo. Todo ello procurando al mismo tiempo el fraccionamiento de la clase obrera y los sectores populares y, en suma, la destrucción política del movimiento peronista, de lo que ellos llaman los subversivos y los corruptos.

Ahora bien, ¿cuáles son los resultados reales que alcanza el plan económico?

En primer lugar, se verifica una caída significativa del salario real, que alcanza aproximadamente un 40 por ciento, sin contar la reducción operada en otros ingresos de los sectores populares y obreros, por efecto de una reducción del empleo, las horas extraordinarias, el valor real de las prestaciones sociales y de otras fuentes posibles de ingreso.

En segundo lugar, vale mencionar que se logra un cierto mantenimiento del "pleno empleo" o, más apropiadamente, un aumento no muy significativo de la desocupación. Este fenómeno, que resulta relativamente difícil de explicar frente a la reducción en la producción (en particular la generada en el campo manufacturero), se asocia a una serie de factores:

- la caída del salario real produce la retirada o la salida de la población económicamente activa de un número considerable de personas;
- se ha verificado una expulsión de inmigrantes extranjeros que, sea por la caída del salario o empujados deliberadamente por el gobierno, han regresado a sus países de origen;
- la caída de la producción ha tenido como efecto en el caso de muchas empresas, que las mismas optaran por una reducción de las horas extras trabajadas antes que por la expulsión del personal obrero; y
- dada la sustancial caída experimentada por el salario real, la práctica empresaria de "retener" mano de obra esperando una eventual nueva expansión de la economía resulta sumamente econó-

mica: es muy barato para las empresas mantener su dotación de mano de obra y, por lo tanto, no existe una urgencia por reducir los planteles laborales a medida que se contrae la producción.

En tercer lugar, se encuentra el problema de la inflación. En este plano, cabe destacar que la reducción en la tasa de inflación, que era supuestamente uno de los objetivos principales del plan económico, se logra sólo parcialmente: el ritmo de crecimiento de los precios domésticos sigue estando por encima del 100 por ciento, y se mantiene relativamente estable en esos niveles de alrededor de un 100 por ciento si tomamos los últimos doce meses, si consideramos el último semestre, y también si proyectamos sobre una base anual el aumento de precios verificado en el último mes de junio.

En cuarto lugar, sobresale la cuestión del comercio exterior. Efectivamente, el gobierno militar logró reequilibrar el déficit externo en los primeros años de la aplicación del plan económico, pero en la actualidad –dado el aumento de las importaciones y los gastos por servicios, turismo, pago de intereses y dividendos, etc.– nuevamente se proyecta para este año un déficit en la llamada cuenta corriente en la balanza de pagos, es decir, excluyendo los movimientos de capital, de aproximadamente 2.500 millones de dólares. O sea que el déficit supera al vigente antes de la toma del poder por parte del gobierno militar, y se ve agravado por la fuga de capitales locales al exterior.

En quinto lugar, el aumento de la inversión, que era otro de los objetivos centrales del programa económico de Martínez de Hoz, no se ha verificado: ni la inversión privada nacional ni la extranjera han aumentado, lo cual no es de extrañar dada la recesión general de la economía y otras razones que vamos a discutir con mayor detalle más adelante. A este respecto, el hecho concreto es que la tasa de inversión se ha mantenido en niveles sumamente reducidos, lo cual implica que la posibilidad de que

se produzca en el futuro próximo un aumento significativo de la producción es nula.

En sexto lugar, me interesa detenerme en el manejo del sector público. Otro de los objetivos señalados por la conducción económica era la eliminación del déficit fiscal, el cual se planteaba como la causa principal del proceso inflacionario. La reducción del déficit ha sido bastante relativa, y particularmente lo que ha ocurrido es una disminución del déficit financiado por la emisión monetaria, porque se logra financiarlo mediante la colocación de deuda pública. Cuando la consecuencia sobresaliente del plan económico ha sido una transferencia masiva de ingresos hacia los sectores más ricos del país (estimada en 10.000 millones de dólares), y cuando uno de los ejes fundamentales de la política ha sido el aumento significativo en la tasa de interés real que se paga sobre los títulos de la deuda pública (ubicándola en niveles sumamente elevados, que no se pagan en prácticamente ningún otro país), es muy fácil conseguir un financiamiento de 3 o 4 mil millones de dólares anuales para cubrir el déficit fiscal.

En séptimo lugar, se destacan los efectos del plan sobre la producción. En el discurso inicial pronunciado por Martínez de Hoz se señaló que uno de los propósitos del plan económico era el aumento de la producción. El resultado después de cuatro años y medio de gobierno militar es que el Producto Bruto Interno *per capita* en Argentina se ha mantenido prácticamente constante si comparamos 1980 con 1975, y la producción industrial, eje central de todo proceso de acumulación y reproducción, ha disminuido en términos absolutos. Desde esta perspectiva, el fracaso del plan es muy claro.

Ahora bien, a no todo el mundo le ha ido mal con la aplicación del programa económico: ¿quiénes han sido los beneficiados de este proceso? En términos globales, los principales beneficiados han sido los que podríamos catalogar como grandes propietarios

rentistas: los terratenientes, los dueños de la tierra, el capital financiero, bancos y compañías financieras, los propietarios de acciones y títulos de la deuda pública o bonos privados, el capital financiero internacional y los propietarios urbanos. Además de los sectores propietarios, algunos grupos empresarios con presencia en la industria han logrado una cierta expansión sobre la base de una política de subsidios gubernamentales (la industria de la celulosa y la química, por ejemplo, han tenido una cierta expansión). También podemos identificar a los productores de minerales y algunas empresas productoras de petróleo que han logrado aumentos de la producción; pero, en general, el resto de las compañías industriales que operan en Argentina ha sufrido una recesión importante, ha achiicado el nivel de sus operaciones y ha disminuido su producción.

En este sentido, si comparamos lo planteado por Martínez de Hoz al acceder al gobierno, en el sentido de que uno de los objetivos del plan era aumentar la producción y terminar con la especulación, con lo que él llama la "economía de especulación", y con la gran frustración que experimenta Argentina en la medida en que se deteriora su posición relativa, se constata que lo que ha ocurrido es exactamente lo contrario de lo prometido. En efecto, el aumento de la producción no se verifica, las únicas actividades rentables se vinculan precisamente con la especulación, sobre todo con la financiera, y una comparación entre el aumento de la producción, el desarrollo de inversiones en Argentina y cualquier otro país, incluso el conjunto de los del Cono Sur, muestra una nueva caída relativa del *status* nacional.

Cabe entonces preguntarse: ¿por qué fracasa en esta perspectiva el plan económico?, ¿a qué se debe que no se logren los objetivos que se plantea Martínez de Hoz, cuando por lo menos aparentemente tiene todas las ventajas que podía pedir, en el sentido de todo un aparato represivo que elimina o trata al menos de eliminar la protesta obrera?

En mi opinión, el eje principal pasa por abordar la problemática de la formación de capital, o sea, por intentar responder el interrogante de por qué no se verifica el aumento esperado en las inversiones. En principio, dada la pronunciada caída que experimentó en los últimos años el salario real, la rentabilidad de la inversión debería haber aumentado significativamente; sin embargo, el aumento en la inversión no se ha producido. Varios son los factores que confluyen en la explicación de esta "paradoja".

En particular, el achicamiento del mercado interno en lo que hace a las ventas en el ámbito local y las dificultades en los mercados externos relacionados con la crisis mundial. Sin embargo, considero que a estos elementos y otros similares hay que agregar una cuestión adicional que opera en el caso que nos ocupa. La rentabilidad de la inversión en términos brutos en Argentina es sumamente elevada; no obstante, el empresario que pretende llevar adelante un programa de inversión tiene que contrastar la ganancia bruta prevista por un proyecto determinado con el costo del financiamiento requerido para poder implementarlo, y lo que ocurre en nuestro país, lo que distingue fundamentalmente al plan Martínez de Hoz, es la redistribución masiva del ingreso a favor de los sectores propietarios: la renta de la tierra por un lado, los intereses reales que perciben los propietarios rentistas, las tasas de interés elevadas en términos reales que obtienen los bancos y compañías financieras. Y desde este punto de vista vemos que el incremento en las ganancias brutas que se obtiene a partir de la caída del salario real no se vuelca en ganancias "propiamente" capitalistas, sino en el aumento de las rentas de los propietarios pasivos; y por lo tanto, el estímulo a la inversión que hubiera debido generar la caída del salario real se contrarresta y elimina por el aumento de la renta, del interés en términos reales y por otros pagos a los propietarios pasivos de bienes físicos y/o de activos financieros.

En este sentido, puede afirmarse que en términos estructurales el plan está llamado a fracasar, en tanto está condenado a convertirse en un planteo de acumulación y reproducción de ingresos de una minoría pasiva, y no en un plan de acumulación capitalista, y el problema no es, como se ha planteado muchas veces, que hay que esperar a obtener la confianza de los sectores empresariales para que se produzca la deseada expansión de las inversiones. Porque ya hemos esperado casi cinco años, y si bien los empresarios y particularmente las empresas multinacionales son "tímidas" y necesitan tener seguridad en la estabilidad y continuidad del plan, en mi opinión ya ha pasado un lapso de tiempo sumamente largo, y no sólo no se ha producido el aumento de las inversiones, sino que no hay ninguna indicación de que este aumento esté por manifestarse en el futuro.

Habiendo discutido de manera somera las características esenciales del plan Martínez de Hoz, sus beneficiarios en términos de fracciones de clase y las trabas estructurales que impiden que este plan tenga éxito (que sea exitoso aun en los términos en que es presentado por sus defensores), veamos hasta qué punto se manifiesta la posibilidad de un plan económico alternativo.

Esto es importante por razones bastante obvias y también porque la última línea de defensa del plan económico por parte de Martínez de Hoz y los sectores que lo apoyan es plantear: "bueno, esto evidentemente no funciona del todo bien, pero todas las otras alternativas han sido probadas, se han manifestado peores, y por lo tanto al no haber alternativa lo que se necesita es continuar, perseverar en este plan, con fe en el futuro y esperar que alguna vez tenga éxito". Sin embargo, en mi opinión, en este momento existe una posibilidad real, plausible, de un plan económico alternativo al de Martínez de Hoz. Por una serie de razones.

Una de ellas es la masiva redistribución regresiva del ingreso que ha resultado del plan económico en curso, que es necesario

revertir. La otra, y fundamental, porque en este momento Argentina atraviesa por una coyuntura que, aunque parezca un poco paradójico, es bastante favorable.

En efecto, a pesar de la crisis mundial que sufre el sistema capitalista, Argentina se ha beneficiado a partir de 1973/74 y muy particularmente desde 1979 con una mejora sustancial en sus términos de intercambio por el aumento considerable de los precios de los productos agrícolas y el petróleo. Evidentemente estoy midiendo los términos de intercambio de una forma bastante peculiar, porque Argentina no exporta petróleo, en realidad importa cantidades relativamente limitadas; sin embargo, el no sufrir el costo significativo que hubiera tenido lugar si Argentina importara el petróleo que consume, significa que en la práctica, comparando con los términos de intercambio de otros países, Argentina se encuentra en este momento en una situación favorable.

Además, la mejora de los términos de intercambio se ha verificado en productos, como el petróleo y los agrícolas, que se caracterizan por generar ingresos significativos en forma de renta (de la tierra o petrolera), o sea, ingresos que en tanto y en cuanto no se utilizan para el pago de aportes reales al proceso productivo, sea trabajo o capital, pueden ser apropiados por el Estado sin afectar en modo alguno la estructura y las técnicas de producción. Todo esto significa que en este momento la mejora de los términos de intercambio y el resurgimiento de una enorme renta agraria y petrolera en Argentina podrían viabilizar un considerable proceso de redistribución de ingresos y financiar un proceso de acumulación a partir del Estado. Y también que potencialmente tiende a desaparecer el llamado estrangulamiento externo, el déficit estructural de la balanza de pagos asociado a las crisis recurrentes del comercio exterior que frenaron el desarrollo económico argentino desde 1930 hasta la fecha.

Ahora bien, si podemos hablar de una alternativa al plan económico de Martínez de Hoz, creo que tenemos que dirigirnos fun-

damentalmente hacia la esencia misma del plan, hacia sus ejes principales, y no hacia los síntomas; en efecto, todo el mundo percibe hoy en día que el plan fracasa y desde diversos sectores se plantean propuestas de programas alternativos. Sin embargo, en mi opinión la mayoría de estas propuestas se limita a un ataque a los síntomas que refleja la aplicación del plan y no a su esencia profunda. Por ejemplo, Frigerio hace énfasis en la industrialización a toda costa, como siempre lo ha planteado, sin tomar en cuenta el problema del sector agrario; Ferrer sugiere una vuelta al proteccionismo, una marcha atrás en el programa de reducción de tarifas de aranceles que implementó la dictadura militar; y Di Tella habla vagamente sobre la posibilidad de redistribuir el ingreso y apoyar al capital nacional. Es claro que todos estos son problemas existentes: se ha producido una redistribución tremendamente regresiva del ingreso, la industria está paralizada, el capital nacional está impedido de expandirse y está por el contrario restringiendo su campo de actividades en escalas significativas. Pero todo esto no son más que los efectos, los síntomas que refleja al plan económico. Por lo tanto, a este tipo de propuestas alternativas es correcto criticarlas como lo hace Martínez de Hoz, diciendo que son inviables, que ya han sido probadas y no ofrecen una alternativa seria al proyecto actual.

Sin embargo, si vamos al fondo del problema, si atacamos las causas que originan la catástrofe socio-económica actual, y si éstas están relacionadas, como creo que lo están, con una transferencia masiva de ingresos a favor de los sectores propietarios rentistas, entonces es a partir de una reversión de este fenómeno que podemos pensar en una alternativa. Si el programa económico de Martínez de Hoz "levantó" a las clases propietarias, entonces se trata de plantearse la expropiación de estos rentistas; si el proyecto dictatorial se expresa en estancamiento y dependencia financiera del exterior, entonces se trata de utilizar las rentas mencionadas

para hacer viable un proceso de crecimiento con independencia del capital financiero internacional.

La cuestión pasa por indagar hasta qué punto todo ello es posible y qué tipo de medidas deberían integrar un programa económico alternativo que pueda revertir los cambios estructurales resultantes del plan Martínez de Hoz. En este sentido, en mi opinión, un esquema económico alternativo debería pivotar en esencia alrededor de los siguientes ejes.

En primer lugar, la expropiación de la renta percibida por los sectores oligárquicos propietarios: terratenientes, capital financiero nacional y extranjero. Esto se puede lograr mediante la expropiación de la gran propiedad agraria (es decir, de las 200, 300 o 400 familias que concentran una parte significativa de las tierras, particularmente en la zona pampeana), y a partir de la implementación sería del impuesto a la renta potencial de la tierra. Ello, complementado con una política de apoyo a la producción agropecuaria, en el sentido de establecer un sistema de precios sectoriales elevados y sobre todo estables que garanticen la rentabilidad de la inversión en la actividad. O sea, por un lado, eliminar la renta de los propietarios pasivos, y por otro, garantizar ingresos razonables a los productores y a los que invierten en la producción agropecuaria.

En segundo lugar, la expropiación de los bancos y las empresas financieras, con lo cual se lograría la apropiación de las enormes ganancias que el sector financiero está realizando en estos momentos, y lo que es más significativo, controlar al sector financiero, y con ello dejar de pagar las tasas de interés real sumamente elevadas que se están obteniendo en Argentina. Esto se debería complementar con un sistema que proteja razonablemente el valor real de los activos financieros de los pequeños y medianos ahorristas.

En tercer lugar, en lo que se refiere al sector financiero internacional, lo que se requiere es la aplicación estricta de un sistema de control de cambios a todo lo que sea movimiento de capital. Esto

posibilitaría evitar la fuga de capitales, que en caso contrario se verificaría (como sucede actualmente), y condicionar fuertemente el pago de tasas de interés altamente positivas a los capitales que bancos internacionales y otras empresas extranjeras colocan en Argentina (como también se constata en estos momentos).

En cuarto lugar, el reordenamiento del sector público y la eliminación del déficit del Estado a partir, no del financiamiento del déficit vía la emisión de deuda pública, como se está realizando, sino mediante, precisamente, la mencionada apropiación de la renta agraria y petrolera, así como de la renta del capital financiero. Esto permitiría, entiendo, la apropiación por parte del Estado de la totalidad, o una parte significativa por lo menos, de la renta que en estos momentos perciben los sectores propietarios rentistas. Creo que es evidente la importancia cuantitativa de estas rentas: es difícil calcular exactamente a cuánto alcanzan, pero de acuerdo a nuestras estimaciones se puede hablar de cifras de 6 a 8 mil millones de dólares por año, lo cual representa aproximadamente un 10 por ciento del Producto Bruto Interno y un 50 por ciento del total del gasto público.

En quinto lugar, y relacionado con el problema inflacionario, se requiere implementar un control de precios y salarios, pero una aplicación de este control en forma flexible, con el propósito de evitar el tipo de problemas que, por ejemplo, se verificaron durante la vigencia del plan económico de Gelbard. Durante este período se careció de un mecanismo flexible de ajuste de precios a medida que cambiaba la coyuntura, se terminó por generar un importante mercado negro y finalmente, cuando se liberaron los controles de precios, la inflación se aceleró en forma considerable.

En sexto lugar, en lo atinente a los sectores productivos, considero que se debe tener muy en cuenta la necesidad de complementar las propuestas de reforma agraria que planteaba anteriormente con medidas que garanticen la expansión de la producción

agropecuaria. Esto es fundamental por lo que se refiere al equilibrio en la balanza comercial, ya que, como bien sabemos, la exportación de productos agropecuarios constituye una parte significativa de las exportaciones argentinas. En este sentido, de lo que se trata es de establecer precios razonablemente remunerativos y al mismo tiempo estables. Todo ello, para promover la inversión en el sector agropecuario, que en este ámbito, como en muchos otros, insume muchos años para fructificar, y que en este momento no se verifica dada la incertidumbre que existe respecto del futuro.

En séptimo lugar, en lo que hace a la dinámica del sector manufacturero, mi opinión es que no se puede pensar en un aumento en la producción industrial basado en una vuelta al proteccionismo absoluto, sino en un incremento ligado a, por un lado, la expansión del mercado interno por efecto de la redistribución de ingresos y, por otro, un aumento en la rentabilidad de las inversiones asociado, no a un incremento en la ganancia bruta por caída del salario real, sino a una suba de la ganancia neta a partir de la reducción en la tasa de interés real. En otros términos, la expropiación de los ingresos rentísticos que se logra con las medidas que planteamos previamente tiene como efecto adicional, además del efecto redistributivo que es sumamente importante, el hecho de viabilizar un aumento en la rentabilidad de la inversión empresarial, no por vía de la reducción del pago al trabajo, sino por la disminución de los pagos exigidos por los sectores propietarios: los acreedores y los accionistas de las empresas.

Finalmente, el octavo eje ordenador del programa alternativo en que estamos pensando se vincula con el estímulo a la producción de energía en el ámbito nacional y la reducción del consumo de petróleo, que en Argentina es sumamente elevado si realizamos comparaciones con países de estructura industrial similar o de nivel de ingreso equivalente. La baja del consumo puede ser obtenida a través de una adecuación de los precios internos a

los internacionales con compensaciones adecuadas a los sectores de bajos ingresos, y tiene dos consecuencias directas. Por un lado, la apropiación de la renta petrolera por parte del Estado, lo que a su vez permite todo el proceso de redistribución de ingresos a favor del sector obrero; por otro, la eliminación de las importaciones que aún se realizan y una eventual y gradual emergencia de Argentina como país exportador de petróleo, con su consiguiente impacto favorable sobre la balanza comercial.

En suma, lo que acabamos de realizar es una presentación muy breve de cuáles serían los vectores principales de un plan económico alternativo para nuestro país. Obviamente es difícil en una charla de estas características entrar en los detalles de este tipo de políticas. Hemos tratado de señalar una serie de ejes que a nuestro juicio hacen posible en este momento un plan económico alternativo al de la dictadura militar. Se trata, en mi opinión, de un programa económico que es, al mismo tiempo, revolucionario y viable en las actuales condiciones concretas de Argentina.

Lo que nosotros planteamos es que resulta posible pensar en la puesta en marcha de un plan de transición en nuestro país con eje en la recuperación nacional y la salida del desastre al que nos ha llevado el gobierno militar. Se trata, a mi criterio, de un programa que puede ser levantado por el conjunto del movimiento peronista y los sectores populares, en tanto, asociado a un esquema de una alianza de obreros, sectores populares y otros sectores productivos, viabilizaría la recuperación para el conjunto del pueblo de las riquezas que hoy son apropiadas y malgastadas por una infima minoría.

Nosotros creemos que Argentina en el largo plazo debe evolucionar hacia un socialismo democrático y pluralista, que ésta es la tarea histórica que cumplirá el movimiento peronista. Pero en lo inmediato lo que proponemos es un plan de salvación nacional ante la catástrofe a la que nos arrastra la minoría egoísta y estú-

pida que hoy se encuentra en el poder. Y quisiéramos que las propuestas que acabamos de realizar puedan ser recogidas por todos los sectores populares que son oprimidos por esta minoría, y discutidas en el seno del movimiento y la clase trabajadora en forma amplia y democrática.

ANÁLISIS DEL PLAN MARTÍNEZ DE HOZ

*Entrevista a Oscar Braun**

¿Cómo caracterizan ustedes la actual situación político-económica en Argentina?

En toda América del Sur, y también en Argentina, las clases dominantes, incapaces de gobernar con métodos democráticos, impulsan la instalación de dictaduras militares salvajes que pretenden desarticular y hacer desaparecer a los movimientos populares (Bolivia es el último ejemplo sangriento de esta política). En Argentina esto se expresa en el golpe de marzo de 1976 y en el intento de aniquilar al movimiento peronista.

En lo económico, el plan que aplica Martínez de Hoz tiene como eje principal la transferencia masiva de ingresos en favor de una pequeña oligarquía de grandes propietarios agrarios, financieros e industriales, así como del capital financiero internacional.

* Entrevista a Oscar Braun para la revista *Controversia* (mediados de 1980).

Esta política se articula mediante el aumento de la renta agraria, la suba de la tasa de interés real como resultado de la reforma financiera, la caída del salario real y la aplicación de una política de total libertad en el mercado de cambios para los movimientos de capital financiero.

¿Puede tener éxito este plan? ¿Se inscribe en una política de reinsertión de la Argentina en la división internacional del trabajo propugnada por el imperialismo?

El plan tiene éxito en el sentido de que pocas veces en la historia argentina o de otros países se ha visto operar una redistribución del ingreso regresiva de características tan masivas. Esto ha requerido, obviamente, la represión sistemática a la clase obrera, a sus organizaciones sindicales y a sus dirigentes combativos, así como a sus cuadros de base.

Pero constituye un fracaso espectacular en términos del progreso económico nacional: luego de casi cuatro años y medio de dictadura el Producto Bruto Nacional *per capita* es inferior al de 1974, la producción industrial en términos absolutos es más reducida que la de 1974, la tasa de inflación se mantiene por encima del 100 por ciento anual, el saldo de transacciones corrientes en la balanza de pagos se prevé deficitario para 1980 en unos 2.000 a 3.000 millones de dólares, la inversión privada nacional y extranjera no aumenta, y se puede predecir con confianza una nueva recesión en los próximos 18 meses luego de las recesiones sufridas en 1976 y 1978.

Por todo esto –y por el grado de conciencia y combatividad de la clase obrera que continúa resistiendo– el plan fracasa también políticamente. Este fracaso se expresa en la oposición cerrada del movimiento peronista y de las estructuras sindicales peronistas a los intentos de buscar salidas políticas a la crisis que el gobierno articula a través del seudo “diálogo” iniciado recientemente.

En lo que hace a la relación del plan económico con las necesidades del imperialismo de reestructurar la división internacional del trabajo, considero que el plan Martínez de Hoz llega un poco tarde y de todos modos no se aplica en forma coherente. Llega un poco tarde porque los espacios abiertos para una nueva modalidad de acumulación en la periferia basada en el aumento de las exportaciones industriales se cierran como consecuencia de la crisis económica mundial, y por otro lado ya están ocupados por países o áreas como Corea, Hong Kong, Brasil, etc., que se insertan en esos espacios hace ya muchos años. Y no se aplica coherentemente porque al privilegiar las ventajas al capital financiero se permite el deterioro relativo del tipo de cambio, lo que dificulta el aumento de las exportaciones industriales o agroindustriales.

¿Por qué no se ha producido un aumento de la inversión nacional y extranjera en Argentina, a pesar de la caída del salario real?

En principio, cuanto más bajo el salario, mayor la tasa de ganancia, y viceversa. Por lo tanto, la caída del salario debería haber viabilizado un incremento de la inversión incentivada por mayores beneficios, pero para que haya inversión se requiere algo más que el aumento en la ganancia bruta.

En primer lugar, tiene que haber mercados, y ellos se han achicado para el empresario que opera en Argentina. El mercado interno ante la disminución de la capacidad de consumo, y el externo al revaluarse relativamente el peso dada la política de devaluaciones porcentuales menores que la tasa de inflación aplicada desde fines de 1978.

En segundo lugar, al empresario no le interesa la tasa de ganancia bruta, sino la ganancia neta que queda luego de pagar intereses a los prestamistas –bancos y empresas financieras directamente, pero indirectamente rentistas que depositan en ellos su riqueza líquida–, así como dividendos a los accionistas, también

rentistas pasivos. Como la tasa de interés real que perciben los rentistas pasivos ha aumentado considerablemente, y esto, como hemos dicho anteriormente, es la esencia misma del plan Martínez de Hoz, la ganancia neta empresarial no ha aumentado en proporción a la disminución del salario. Con mercados que se achican y ganancias netas que no aumentan significativamente no es sorprendente que la inversión se encuentre estancada.

¿Se puede aclarar un poco más la diferencia entre ganancia bruta y ganancia neta?

La ganancia bruta es la diferencia entre el valor neto de las ventas de una empresa (es decir, descontando el valor de sus compras de insumos, materias primas, etc.) y el valor de los salarios pagados. Esa ganancia financia la amortización del *stock* de capital, los gastos fijos (administración, propaganda, etc.), los "salarios" que los empresarios muy generosamente se pagan a ellos mismos, la acumulación de capital, o sea la inversión, y finalmente los pagos a los rentistas pasivos, es decir, los pagos de intereses, dividendos, alquileres, etc.

Estos últimos gastos no realizan ningún aporte real a la producción (también podría discutirse la necesidad real de financiar la publicidad y los enormes salarios que cobran los ejecutivos, pero dejemos eso de lado por ahora); son simplemente un pago a los detentadores de riqueza, sea física o financiera. Ya Keynes señalaba que la expansión capitalista requería una "eutanasia del rentista", en contraposición a los economistas neoclásicos que, como Marshall, sostenían que estos pagos representaban una remuneración necesaria a los rentistas por el "sacrificio" de "esperar", es decir, el "sacrificio" que realizan los ricos al no "consumir" su riqueza o al acrecentarla, en otros términos, al "ahorrar".

Esto es claramente un disparate total. No es, obviamente, un sacrificio el ser rico, y al aumentar las remuneraciones a los ricos,

o sea al incrementarse la renta del suelo y la tasa de interés real, no aumentan las inversiones sino que, como explicaba anteriormente, éstas disminuyen. No es el ahorro lo que determina la inversión sino la inversión lo que determina el ahorro. Argentina es un ejemplo muy claro de la verdad de esta proposición. Martínez de Hoz se vanagloria de haber estimulado los ahorros, pero éstos financian el déficit estatal, o se escapan hacia el exterior, o financian la especulación, mientras que la inversión productiva y por lo tanto la economía y el empleo se encuentran estancados.

¿Qué posibilidades hay de que se modifique la actual política económica del gobierno militar a partir de marzo de 1981 (recambio presidencial)?

Considero que no se pueden esperar modificaciones sustantivas. Básicamente, porque la política actual expresa un proyecto político global, y sólo un proyecto político global alternativo puede sustituirlo. Naturalmente que se pueden producir ajustes; pero en mi opinión está claro que no hay solución política en Argentina sin una redistribución masiva del ingreso a favor de la clase trabajadora y esto no es posible en el actual contexto económico.

¿Existiría un proyecto alternativo, sin un cambio inmediato en las relaciones sociales de producción; es decir, sin iniciar un proceso de transición al socialismo?

Sí, por dos razones. En primer lugar, porque puede revertirse la transferencia masiva de ingresos que Martínez de Hoz ha efectuado en favor de los rentistas, los terratenientes y el capital financiero nacional e internacional. Esto permitirá aumentar el ingreso de la clase trabajadora y financiar, bajo la dirección del Estado, un proceso de acumulación.

En segundo lugar, y esto es sumamente importante, porque el aumento en los mercados internacionales de los precios agr-

rios y del petróleo pone a la Argentina potencialmente en condiciones de superar el estrangulamiento externo que desde aproximadamente 1930 bloquea y dificulta nuestro crecimiento.

¿Cómo se implementaría ese proyecto alternativo?

En primer lugar, es preciso apropiarse de los enormes ingresos de los rentistas pasivos, mediante: la expropiación de las grandes propiedades agrícolas improductivas y la aplicación del impuesto a la renta potencial de la tierra a las demás; la expropiación del capital financiero (bancos y compañías financieras); el control de cambios que permitiría dejar de pagar intereses usurarios al capital financiero internacional; y la reestructuración de la deuda pública interna terminando con el disparate de pagar intereses reales elevadísimos a los grandes financistas que compran los títulos que emite el Estado para financiar su déficit.

En segundo lugar, habría que garantizar el equilibrio de nuestros pagos con el exterior, no pidiendo plata prestada como hace Martínez de Hoz sino exportando más. Para esto se requiere:

a. Pagar precios elevados al productor agropecuario, y sobre todo precios estables que garanticen a largo plazo la rentabilidad de la inversión sectorial.

b. Dejar de malgastar nuestro petróleo, poniendo su precio a los niveles mundiales. Esto permitiría:

- reducir el consumo y convertirnos en exportadores de energéticos, modestos pero exportadores, en lugar de gastar como hacemos ahora más de 1.000 millones de dólares anuales en importar energéticos; e
- incrementar los ingresos estatales, desde el momento en que los aumentos de precios serían canalizados íntegramente hacia el Estado. En este sentido, debe tenerse presente que el valor anual

de la producción petrolera argentina vendida a precios internacionales es del orden de los 6.000 millones de dólares, o sea un 50 por ciento del gasto total del gobierno, mientras que el costo de producción en relación con esa cifra es insignificante.

c. Poner el tipo de cambio en un nivel que permita mantener un flujo creciente de exportaciones industriales.

En tercer lugar, se deben incrementar significativamente los salarios reales, por lo menos a los niveles que regían durante 1973/74. Esto ampliaría el mercado interno, y unido a una política de intereses bajos –posible gracias al control del aparato financiero– y de subsidios cuando se requieran –posible merced al aumento de los ingresos estatales–, permitiría un aumento de la inversión productiva, la expansión de la economía y el empleo.

¿El aumento de los precios agrarios y del petróleo no produciría inflación y caída en los estándares de vida reales?

Inflación hasta cierto punto sí. Pero caída en los estándares de vida no. Esto es así porque el aumento de los precios agrarios beneficiaría a los productores, mientras que el impuesto a la tierra y la expropiación de los latifundios improductivos generarían ingresos que permitirían compensar a los consumidores por los mayores precios. Lo mismo puede decirse del aumento en los precios de petróleo: el mayor ingreso estatal podría ser utilizado para compensar a los sectores de ingresos bajos y medios por los mayores precios; de hecho posibilitaría más que compensarlos porque naturalmente no se compensaría a los sectores de altos ingresos, quienes malgastan energía en sus autos importados y viviendas de lujo.

En lo que se refiere a la inflación, todo aumento de precios es, por definición, inflacionario. Pero el impacto inflacionario inicial puede luego controlarse.

¿Cómo se haría ese control?

Pienso que no deberíamos repetir una experiencia de congelamiento de precios absolutos que funciona durante un tiempo, pero luego degenera en mercados negros y especulación. Deberíamos en cambio controlar los precios y salarios relativos, en una negociación que incluya a los sindicatos, los grandes monopolios y el Estado. Esta negociación concluiría en un aumento significativo del salario real. Posteriormente, si mantenemos un control flexible de los precios relativos y moderamos el aumento absoluto de los salarios nominales manteniendo el nivel del salario real, la inflación iría paulatinamente moderándose.

¿Esta política de precios favorables al sector agrícola no podría ser calificada de pro-agraria y anti-industrialista?

No veo qué tiene de malo estimular la producción agraria, sobre todo cuando los precios mundiales nos favorecen y cuando las previsiones son que a largo plazo los mercados de alimentos seguirán expandiéndose.

Es un gran error la ecuación agro = estancamiento, industria = progreso. La ecuación es oligarquía terrateniente/financiera/rentista = estancamiento, y la propuesta que estamos discutiendo es, en su esencia, una propuesta de eliminación del poder económico de esas oligarquías.

¿No debería volverse al proteccionismo para estimular la producción industrial?

No. La política proteccionista es un error cuando la situación de los mercados mundiales nos favorece. Por eso es que las propuestas desarrollistas pueden ser descartadas por Martínez de Hoz como planes utópicos, lo que le permite afirmar que su plan es el único posible.

Habiendo dicho esto es evidente que un gobierno popular no continuaría con la política indiscriminada de reducción aran-

celaria impuesta por Martínez de Hoz. Pero si tenemos una situación de balanza de pagos satisfactoria es absurdo producir todo localmente. Es mejor permitir que se importen artículos de lujo gravándolos con un buen impuesto, en lugar de fabricarlos localmente de modo ineficiente, e importando de todos modos insumos y maquinaria. Claro que mejor aun es reducir globalmente la demanda de artículos de lujo, importados o locales, mediante la redistribución de ingresos que sostengo puede llevarse a cabo.

¿Esta política que se propone no contempla la expropiación de las empresas industriales controladas por el capital extranjero?

Enfáticamente no. La expropiación de las empresas industriales sólo puede estar contemplada en un proceso de transición al socialismo, y ésta no es, a mi juicio, la etapa que viviremos en el futuro próximo en Argentina.

Si en general no podemos hablar de expropiación de la industria, no veo cómo podemos hablar de expropiación de la industria extranjera. La expropiación de las fábricas extranjeras implicaría a corto plazo, por razones obvias, el cierre de las mismas y tendríamos entonces a los consumidores de esos productos y a los obreros de esas fábricas clamando contra el gobierno. Eso no puede ser el proyecto de un gobierno popular.

¿No es éste un proyecto reformista burgués?

Yo calificaría, por el contrario, la liquidación del poder económico de la oligarquía como un proyecto revolucionario que cumpliría los objetivos históricos del movimiento peronista. Este proyecto revolucionario y popular permitiría, por otro lado, el establecimiento de una democracia estable, y a partir de allí, a más largo plazo, la acumulación de fuerzas para llegar finalmente a la transición hacia el socialismo.

Admitamos la vialidad técnica del proyecto y su carácter revolucionario. Pero ¿cómo puede ser encarado políticamente?

Esto es lo más difícil, pero ciertamente no es imposible.

En primer lugar, el fracaso del plan Martínez de Hoz que ya hemos discutido y la ausencia de alternativas de "retoque" al mismo debilita cada vez más su base política: el sustento militar cohesionado del plan.

En segundo lugar, la resistencia continua, multiforme, heroica de la clase trabajadora argentina impide e impedirá el éxito económico y por sobre todo la estabilización política del plan. La unidad del movimiento peronista en su oposición a la dictadura expresa políticamente esta resistencia.

En tercer lugar, este fracaso del plan, la resistencia obrera y la unidad del movimiento quebrantarán la coalición de clases dominantes y finalmente la unidad interna de algunas de las fracciones de los sectores dominantes hoy en el poder.

Por último, cuando esto ocurra, la resistencia popular quebrará la unidad de las Fuerzas Armadas –recordemos que éstas no son una clase de propietario–. Quiero enfatizar que la presente servidumbre de los militares al proyecto oligárquico terminará solamente como consecuencia del avance en las luchas populares –la fuerza de la historia, como en Irán, los hará entrar en razones–; por esto nuestros esfuerzos están orientados a contribuir a esas luchas, y no a convocar a algún coronel o almirante con sensibilidad popular.

Claro que es difícil predecir los tiempos y las formas en que este proceso tendrá lugar. Pero lo importante no es predecir el futuro sino que cada uno, en la medida de sus posibilidades, aporte a este proceso apoyando la resistencia popular en Argentina y la unidad férrea del movimiento peronista en la oposición a la dictadura.

¿Es realista plantear la expropiación de las estancias aun cuando hablemos sólo de aquellas que pertenecen a las 200 o 300 familias de grandes propietarios y el sistema financiero?

Desde el punto de vista técnico-administrativo, no hay nada más sencillo. No es nada muy complicado administrar una estancia, y el Estado argentino desde hace décadas se ha mostrado perfectamente capaz de administrar los mayores bancos existentes (Banco de la Nación Argentina, Banco Provincia, etc.). Desde el punto de vista legal, en lo que hace al sector agrario no habría mucho más que hacer que reflotar –con algunas modificaciones quizá– la Ley agraria que preparó Giberti, quien fuera secretario de Agricultura durante el último gobierno del general Perón.

La duda que en mi opinión se plantea es política y se vincula con la viabilidad política de esta propuesta. Estas dudas son legítimas ya que la destrucción del poder económico oligárquico exige una gran acumulación de poder popular y un giro total en la actitud de las Fuerzas Armadas que deberían apoyar este proceso. Pero lo que es muy claro es que una propuesta de cambio paulatino –redistribución pausada del ingreso, democratización condicionada y gradual– es totalmente inviable, es utópica. La clase obrera exige una recuperación de sus niveles de ingreso, lo que implica una redistribución masiva del mismo; el pueblo argentino en su conjunto no se conforma con un poquito de democracia. Un proceso paulatino generaría tensiones sociales incontrolables, y esto lo saben todos los militares argentinos. Es por esto que Massera, por ejemplo, nunca podrá lograr una anuencia militar para su proyecto, mientras que el movimiento peronista sí puede lograr esa anuencia en su conjunto con el proyecto económico y político que nosotros proponemos. Naturalmente que esto no ocurrirá en los próximos días; será la consecuencia de un largo proceso de acumulación de poder popular basado en la resistencia.

¿Puede hablarse de la expropiación a una oligarquía terrateniente como si ésta existiera separada del capital industrial y financiero?

Es claro que los ricos tienen campos y también bancos e industrias; que las mismas personas operan en los diversos sectores de la economía. Pero nosotros no hablamos de expropiar personas, sino algunas empresas, básicamente las grandes estancias improductivas y los grandes bancos y compañías financieras.

Si un señor es dueño de dos estancias, de 50 millones de dólares en títulos de la deuda y en depósitos bancarios y de una empresa industrial, y un gobierno popular expropia sus campos y reduce el interés real que percibe por sus títulos y depósitos, mientras que simultáneamente aumenta el mercado y las posibilidades de expansión de su industria, ¿cual será su actitud? Ciertamente no estará contento, pero no dejará de invertir y aumentar la producción en la industria que controla. Y si por casualidad no lo hiciera, de todos modos la empresa industrial pasaría rápidamente a manos de algún otro empresario capitalista que actúe de manera más racional.

¿Qué tipo de interés directo tiene el movimiento obrero en un programa de este tipo?

En primer lugar, como habíamos dicho, el aumento masivo del salario real. En segundo lugar, la recuperación de sus estructuras sindicales. Y, por último, junto con todo el pueblo argentino, tiene un interés claro en la recuperación de la democracia.

Esto último no es lo menos importante. Si los objetivos históricos de la clase obrera pasan por llegar al socialismo —cosa que nosotros creemos firmemente, como creemos también que tal será en el largo plazo la tarea que llevará adelante el movimiento peronista—, en mi opinión ello sólo puede alcanzarse a partir de un proceso democrático. Y, por otro lado, sólo deseamos impulsar, en el largo plazo, un socialismo que sea auténticamente democrático y pluralista.

El sector externo de la economía ha sufrido modificaciones drásticas con la aplicación del plan Martínez de Hoz. ¿Cuáles son esas transformaciones?

Hay modificaciones que no tienen nada que ver con Martínez de Hoz; éstas son las que se derivan del aumento internacional de los precios agrarios y petroleros, y de la crisis mundial que hemos discutido.

Las profundas alteraciones que introduce Martínez de Hoz son las que se derivan de la reducción masiva del arancel externo, la apertura de la economía a la competencia externa y la liberalización financiera; uno de sus principales resultados es la desindustrialización de Argentina.

Frente a esto, la propuesta reformista consiste en volver a la sobreprotección reimponiendo los aranceles. Desde una perspectiva política, se trata de un planteo utópico, en tanto carece de base social ya que los empresarios afectados han quebrado o se han reconvertido en financistas o importadores. Es torpe económicamente: ¿qué sentido tiene volver a instalar industrias ineficientes que han sido incapaces en décadas de alcanzar un nivel de productividad satisfactorio? Y finalmente es innecesaria: hoy en día, ya lo hemos explicado, Argentina no necesita de sobreprotección para equilibrar sus cuentas externas.

Nosotros pensamos que la propuesta revolucionaria es, tomando en cuenta de modo realista los cambios estructurales producidos —sin perjuicio de algunas correcciones sectoriales requeridas por necesidades de tipo nacional—, impulsar un proceso de reindustrialización apoyado en la ampliación del mercado interno y en la competitividad en el exterior de algunos sectores industriales. Éstos existen ya que la Argentina tiene potencialmente ventajas comparativas en ciertos rubros industriales (por ejemplo, en procesos vinculados a la producción agraria, en procesos que requieren mano de obra calificada y personal de alto nivel cientí-

fico, etc.). En cambio, ya se ha demostrado que una política de salarios bajos no permite competir con Brasil o Hong Kong, mucho menos cuando se mantiene el tipo de cambio retrasado para favorecer al capital financiero. Esta política lleva a la desindustrialización y, como estamos viendo, a nuestra subordinación al potencial industrial brasileño. Es una política no sólo anti-obrera, sino también anti-nacional. Y, por cierto, bastante torpe.

¿Cómo se vincula el programa alternativo que ustedes proponen con la perspectiva democrática?

Creemos firmemente que este programa es la única propuesta existente que, a su vez, permitiría sustentar un proceso de redemocratización. Las propuestas reformistas, de cambios paulatinos, creemos, como decía anteriormente, que llevarían a generar tensiones sociales incontrolables. Y las propuestas de transición al socialismo basadas políticamente en una derrota en términos puramente militares de las Fuerzas Armadas son, de acuerdo a la dura experiencia realizada, imposibles tanto a corto como a mediano plazo.

UN PROYECTO ALTERNATIVO

*Oscar Braun**

Si el actual programa económico de la dictadura militar persigue como objetivo fundamental transferir poder e ingreso a una fracción de las clases dominantes, la oligarquía terrateniente y financiera, y los grandes accionistas de empresas industriales; el proyecto económico del movimiento peronista y de todos los sectores populares debe proponer lo opuesto: la expropiación de las minorías y una distribución justa del ingreso.

Si el actual programa económico tiene como efecto el estancamiento económico y la entrega de nuestras riquezas al capital financiero internacional, el proyecto económico del movimiento peronista y de todos los sectores populares debe proponer lo opuesto: el desarrollo balanceado de nuestra economía y la independencia respecto de los centros de poder financiero.

* Texto de Oscar Braun escrito en Holanda a mediados de 1980.

En síntesis, proponemos que un gobierno soberano y democrático, en el que participen activamente todas las instituciones populares y en particular los sindicatos, lleve adelante un plan de transición hacia la recuperación nacional con el objetivo de lograr en forma inmediata nuestra independencia económica y la justicia social.

A pesar de lo que pretenden hacernos creer Martínez de Hoz y sus seguidores, hoy en día esto es posible dada la situación relativamente favorable en la que se encuentra nuestro país, a pesar, o como consecuencia, de la crisis mundial. Y no sólo posible sino necesario: continuar la actual política económica es someter a la Argentina al equivalente económico de una catástrofe natural, y a la consecuente disgregación de su estructura social.

En apretada síntesis sometemos a la consideración del conjunto del movimiento peronista y el campo popular los ejes principales de un programa económico alternativo. Por nuestra parte seguiremos profundizando el análisis de los temas económicos de este documento a fin de perfeccionar nuestras propuestas y rectificarlas en todo lo que fuera necesario.

LA EXPROPIACIÓN DE LA RENTA

El plan Martínez de Hoz ha transferido un flujo anual de riqueza gigantesco –que estimamos en 10.000 millones de dólares– a favor de los sectores propietarios/rentistas nacionales y extranjeros. Este verdadero “regalo para los ricos” debe revertirse nuevamente a todo el pueblo. Para esto es necesario realizar:

a. La expropiación de la gran propiedad agraria, generalmente ineficiente e improductiva. Las 200 o 300 familias que controlan enormes extensiones de tierra y pueden jaquear los planes de los gobiernos populares –como lo hicieron en 1974/75– deberán perder su poder y su riqueza. Estas expropiaciones serán pagadas

con bonos del gobierno a largo plazo y bajas tasas de interés. En cuanto a las decenas de miles de productores agropecuarios que trabajan su propia tierra eficiente y activamente, deberán pagar un impuesto progresivo en relación con el valor de la tierra. Pero recibirán, como planteamos más adelante, precios remunerativos y seguros por su producción, lo que les permitirá en suma realizar beneficios justos en el marco de una producción en aumento.

b. La expropiación de los grandes bancos y compañías financieras. Esto permitirá por un lado la apropiación por parte del Estado –y por consiguiente de todo el pueblo– de las fabulosas ganancias que el sector financiero ha realizado gracias a Martínez de Hoz. Y por el otro terminará con la especulación desenfrenada que permite a unos pocos grandes rentistas recibir tasas de interés fabulosamente altas, mientras que algunos bancos y compañías financieras van a la quiebra poniendo en riesgo los capitales de pequeños y medianos ahorristas. El control del sector financiero por parte del Estado permitirá impedir la acumulación de riqueza en manos de un pequeño grupo de grandes financieros, garantizando al mismo tiempo el valor del capital y una remuneración razonable a los centenares de miles de pequeños y medianos ahorristas.

c. El establecimiento de un riguroso control de cambios sobre los movimientos del capital financiero. Esto permitirá en primer lugar evitar la fuga de miles de millones de dólares que la oligarquía propietaria envía hoy en día al exterior para “diversificar sus riesgos”; y en segundo lugar evitará seguir pagando al capital financiero especulativo internacional las fabulosas tasas de interés (dos o tres veces más altas que en el nivel mundial) que hoy Martínez de Hoz les “regala” a sus amigos banqueros de Europa y EE.UU. Una vez establecido el control de cambios, los capitales extranjeros actualmente en el país serán reembolsados en plazos y condiciones aceptables para una nación soberana. Y el

país podrá –en caso de ser necesario– pedir préstamos al extranjero en condiciones honorables.

d. El reordenamiento del sector público, la eliminación del déficit fiscal y la supresión de los préstamos literalmente usurarios que hoy financian el déficit fiscal. Las afirmaciones del gobierno respecto de la reducción del déficit fiscal son falsas. Lo que ocurre es que la política del gobierno ha transferido a favor de la oligarquía propietaria una suma ingente del ingreso anual. Posteriormente el gobierno les pide, por favor, a esos mismos propietarios que le presten ese dinero. Cosa que están muy dispuestos a hacer desde el momento en que cuentan con ingresos fabulosos y que el gobierno paga por esos préstamos –emitiendo bonos ajustables, letras con intereses altísimos, etc.– intereses generosamente positivos en términos reales (es decir, descontando la tasa de inflación). Lo que debemos hacer es lo opuesto. Por un lado, suprimir realmente el déficit fiscal, transfiriendo al gobierno la renta excesiva de los sectores propietarios, y obteniendo por el petróleo propiedad del Estado precios equivalentes a los mundiales (este punto se discute en detalle más adelante). Por el otro, dejar de pedir prestado a intereses usurarios, cancelar la deuda de corto plazo del gobierno en manos del sector no bancario, y renegociar la deuda interna a largo plazo. Esto último reduciendo los intereses reales elevadísimos que por la misma se paga sin afectar los recursos, nuevamente, de los ahorristas pequeños y medianos.

POLÍTICA DE PRECIOS Y SALARIOS

Una de las contrapartes de la expropiación por parte del Estado de la renta hoy percibida por los grandes propietarios argentinos y extranjeros es el restablecimiento inmediato del nivel del salario real duramente castigado por la dictadura. Con este objetivo se debe:

a. Incrementar en forma inmediata los salarios nominales y reducir las contribuciones sociales pagadas por el sector laboral de modo de incidir en forma proporcionalmente menor sobre los costos de producción.

b. Establecer un control de precios general pero flexible, sin pretender eliminar la inflación en 24 horas y sin generar un vasto mercado negro. Esto es posible mediante la aplicación de sistemas modernos de control sobre los costos de las empresas, y a partir de la información sistemática del pueblo y la participación activa del mismo en dicho control. Y no debe implicar la eliminación de márgenes de ganancia razonables para las empresas, sino de las ganancias excesivas y especulativas, y la eliminación de la asignación ineficiente de los esfuerzos productivos.

POLÍTICA RESPECTO DE LA PRODUCCIÓN

La otra contraparte de la eliminación del despilfarro a favor de los grandes propietarios es una política flexible de estímulo a la producción y al uso racional de nuestros recursos naturales.

Distinguiremos tres grandes sectores: el agrario, el industrial y el energético.

a. El sector agrario juega un rol trascendente como productor de bienes de consumo popular y como generador de divisas vía la exportación. La producción agraria debe aumentar, y para eso es necesario que los productores reciban precios compensatorios y seguros, sobre todo con seguridad a largo plazo. No proponemos una política anti-agraria: todo lo contrario, una política de estímulo a la inversión en el agro, a la producción y al aumento de las exportaciones.

b. El sector industrial, hoy en franca declinación, no puede continuar siendo sometido a un proceso de asfixia. Pero no puede tampoco ser protegido y subsidiado indiscriminadamente. El Estado debe determinar las líneas de producción prioritarias, con especial aten-

ción a las necesidades populares y del proceso de acumulación. La expansión del mercado interno permitirá la obtención de beneficios razonables a las empresas –nacionales o extranjeras, privadas o estatales– aun operando con márgenes menores, beneficios que deberán en su mayor parte ser reinvertidos para la expansión de la producción. En tanto y en cuanto esto se cumpla, el Estado apoyará a las empresas con créditos, exenciones impositivas, etc. También en medida razonable, se protegerá de la competencia extranjera a aquellas actividades que por razones especiales deban ser mantenidas, sin revertir a una política de sustitución de importaciones a ultranza.

c. La producción de energía –petróleo, hidroelectricidad, etc.– tiene en Argentina condiciones excepcionalmente favorables. Sin embargo, nuestro país sigue importando petróleo en cantidades importantes. En primer lugar, se impone una política de conservación de energía y de apropiación por el conjunto del país de los excedentes generados en la producción de energía. Esto se logra fijando los precios del petróleo y de la energía a niveles mundiales, terminando con lo que representa un verdadero despilfarrero de riquezas en parte no renovables. Una política de precios realista para los energéticos –compensando en forma adecuada a los sectores de menores ingresos– debería rápidamente poder convertir a la Argentina en un exportador neto de energéticos. En segundo lugar, se debe promover bajo el control y dirección del Estado una política sistemática de exploración de nuestros recursos y desarrollo de los mismos, generando tecnología propia que evite la actual y creciente dependencia del extranjero.

POLÍTICA COMERCIAL

En lo que se refiere a la política de comercio exterior, tres ejes principales deberían ser parte de un programa económico alternativo. Respecto de las exportaciones, el control de las mismas por parte

del Estado para su promoción y con el propósito de evitar maniobras especulativas con los precios y la fuga de capitales mediante la subvaluación de las exportaciones.

En lo atinente a las importaciones, se deberá revisar la política de reducción masiva e indiscriminada de los aranceles, para preservar ciertos sectores industriales en vías de extinción, sin pretender naturalmente revertir a una política de autosuficiencia, hoy imposible además de innecesaria.

Por último, se deberá impulsar el comercio con todas aquellas naciones que deseen relacionarse con nosotros en condiciones dignas y justas, sin exclusiones de ningún tipo.

POLÍTICA SOCIAL

En los últimos años ha habido en nuestro país una verdadera regresión en las áreas de educación, vivienda, salud, etc. Además, se ha despojado a los sindicatos del control de las obras sociales, a pesar de que las mismas son más que totalmente financiadas por los aportes de los mismos trabajadores. Por lo tanto, la primera prioridad será restablecer en el presupuesto del Estado las partidas destinadas a esos rubros que han sido brutalmente reducidas, y devolver a los sindicatos el control de las obras sociales.

En el largo plazo el gobierno popular deberá elaborar planes que permitan dirigir masivamente hacia la vivienda, la salud y la educación de todos los trabajadores, los recursos que hoy se despilfarran en viviendas de lujo, medicina y escuelas privadas, etc. Ésta es una prioridad absoluta y además realista: en pocos años un país como Argentina está en condiciones de proveer educación y salud gratuitas para todos. El no hacerlo, el dejar aumentar la mortalidad infantil, el analfabetismo, las villas miseria como ocurre hoy en día, es literalmente un crimen contra el pueblo argentino y la peor violación de sus derechos humanos.

SÍNTESIS Y CONCLUSIONES

Lo que hemos desarrollado en apretadas líneas es un plan de transición y recuperación nacional, que creemos debe ser adoptado por el conjunto del movimiento peronista y otros sectores populares, que implica una alianza de los trabajadores y otras clases auténticamente productoras, para la recuperación a favor del conjunto del pueblo de la riqueza hoy apropiada y malgastada por una ínfima minoría de grandes propietarios.

Nosotros creemos que a más largo plazo Argentina deberá evolucionar hacia el socialismo: hacia un socialismo democrático y pluralista. Y que ésa es la tarea histórica de transformación y desarrollo que cumplirá el movimiento peronista y en particular su columna vertebral: la clase trabajadora. Pero en lo inmediato proponemos un plan de verdadera salvación nacional frente a la catástrofe a la que nos arrastra una minoría egoísta y estúpida. Y convocamos a todos los sectores del país, oprimidos por esa minoría, a apoyar nuestras propuestas, en una discusión abierta, amplia y democrática.

LOS AUTORES

Daniel Azpiazu. Economista de la . Investigador Principal del CONICET y del Área de Economía y Tecnología de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Sede Argentina. Director del Programa de Investigación sobre Privatización y Regulación en la Economía Argentina. Profesor en cursos de posgrado en la FLACSO y otras universidades nacionales. Autor de varios libros y artículos en revistas especializadas. Fue consultor externo del PNUD, CEPAL, ILPES, OEA, OIT, GTZ (de Alemania), JICA (Japón).

Martín Schorr. Sociólogo de la Universidad de Buenos Aires. Investigador del CONICET y del Área de Economía y Tecnología de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Sede Argentina. Docente en cursos de grado y posgrado en la UBA, UNSAM y FLACSO. Autor de varios libros y artículos en revistas especializadas.

Ambos publicaron trabajos en esta colección (*Las privatizadas (I) y (II)*, *Modelo nacional-industrial y Empleo y salarios en la Argentina*).